

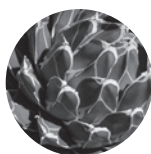


LETRAS
DEL DESIERTO

Sábana en Lagartija

MARTHA
MARGARITA TAMEZ

- NOVELA -



LETRAS
DEL DESIERTO

ING. JOSÉ MARÍA FRAUSTRO SILLER

PRESIDENTE MUNICIPAL DE SALTILLO

LIC. LETICIA AURORA RODARTE RANGEL

DIRECTORA GENERAL DEL INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA

LIC. GABRIELA ROMERO PINTO

COORDINADORA EDITORIAL

SALTILLO, 2022

ISBN: En trámite

D.R. Gobierno Municipal de Saltillo

D.R. Instituto Municipal de Cultura

© D.R. Martha Margarita Tamez

Editores: Leticia Rodarte/Gabriela Romero/Mario Villanueva

Corrección: Indira Kaiceros

Ilustración de colofón: Memo

quintanilla  ediciones

Diseño de la colección: César Ulises Nájera Zapata / Miguel Gaona

Diagramación: César Ulises Nájera Zapata

Fotografía de contraportada: José F. Ventura

www.quintanillaediciones.com

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

Sábana en Lagartija

M A R T H A
M A R G A R I T A T A M E Z



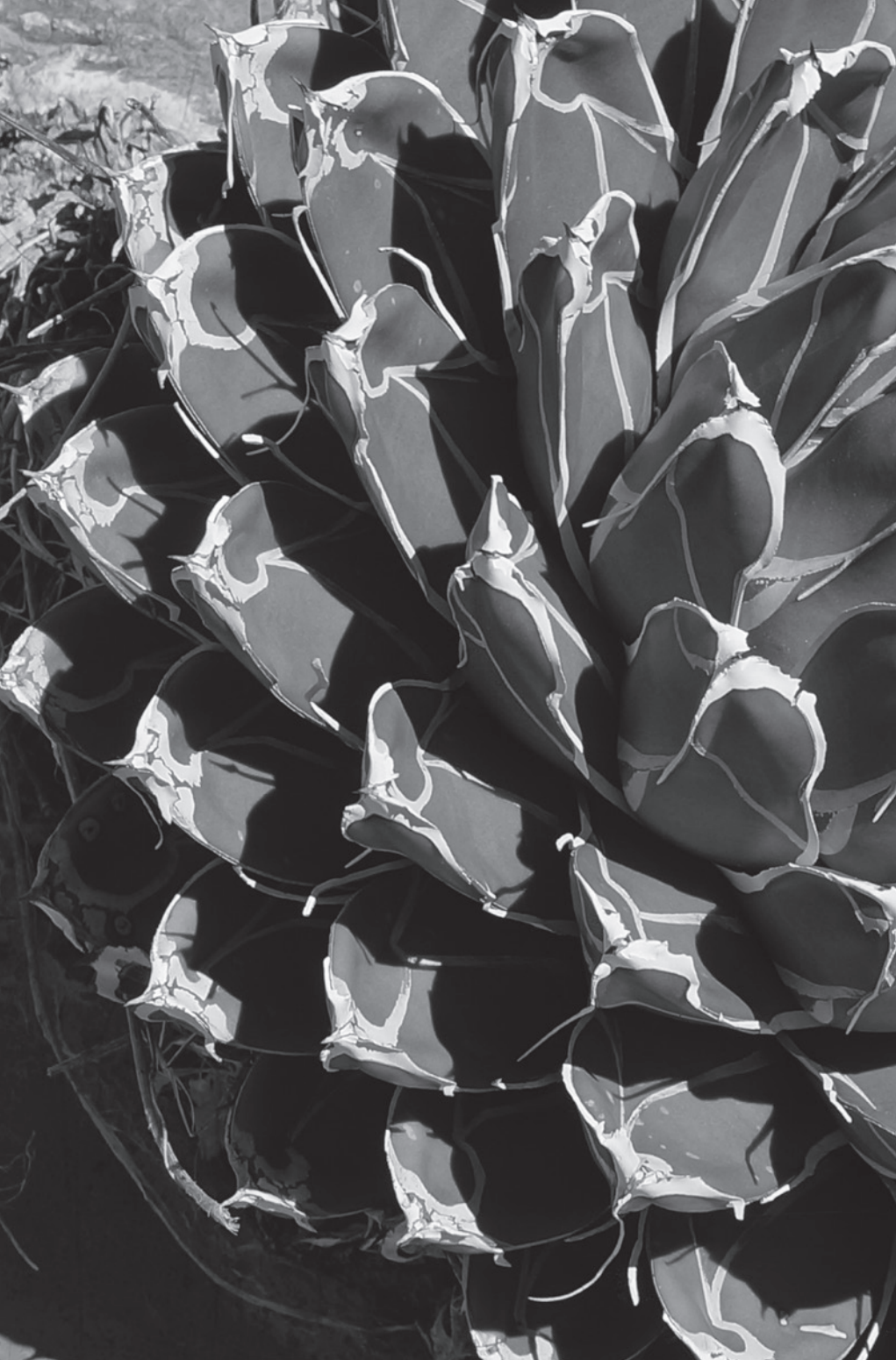
Saltillo
Gobierno Municipal
2022 - 2024



Saltillo nos une.



**Instituto Municipal
de Cultura**



La colección “Letras del Desierto” que presenta el Gobierno Municipal de Saltillo 2022-2024 es una plataforma que permite a los escritores locales, de diversos géneros, dar a conocer su obra. Está demostrado que el acercamiento a la cultura fortalece la identidad e inclusión social, cataliza la diversidad y es un eje transversal en el desarrollo local.

Dentro de las artes, la literatura es la que permite al ser humano expresarse por medio de las palabras para despertar la imaginación y abrir nuestros sentidos a otros universos, cumpliendo diversas funciones, entre las que destacan la estética, la ética social y educativa.

La literatura nos da la oportunidad de ampliar nuestro conocimiento a través del pensamiento creativo, y permite que nuestra imaginación converja con la realidad que el autor ha creado.

Uno de los principales objetivos del actual Gobierno Municipal es apoyar al talento local para crear un semillero cultural que tenga un impacto positivo en la sociedad. Impulsando estas actividades, fortalecemos

nuestra riqueza, así como el patrimonio artístico y cultural de Saltillo.

A través de proyectos como “Letras del Desierto” acrecentamos el impacto positivo en la sociedad que deriva del arte, y detona el nacimiento de más mentes creadoras que propician el surgimiento de escritores y escritoras en la ciudad, además de atraer a más ciudadanos al maravilloso mundo de la literatura.

José María Fraustro Siller
Alcalde de Saltillo

La mejor manera de motivar la creación artística y de fomentar la cultura es propiciar las condiciones para que existan receptores del quehacer y la producción cultural.

Razón por la cual el Gobierno Municipal de Saltillo 2022-2024, encabezado por José María Fraustro Siller, se ha dado a la tarea de impulsar un proyecto que tiene como objetivo estimular el talento de autores saltillenses y, a la vez, hacer de Saltillo una ciudad de lectores.

La colección editorial “Letras del Desierto” es un esfuerzo de este Gobierno Municipal, a través del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, por fortalecer el ecosistema cultural, educativo y artístico saltillense, permitiendo posicionar la obra de autores locales.

Saltillo es una ciudad que ha demostrado contar con talento para las letras en sus diferentes géneros. Este proyecto nos permitirá realizar un viaje de exploración que rescata el valor de nuestras plumas y letras locales.

Se da espacio a una multiplicidad de voces, haciendo eco en una misma colección. Será también atractivo para el lector la variedad y la accesibilidad de las creaciones que conforman “Letras del Desierto”.

Leticia Aurora Rodarte Rangel
Directora General del Instituto Municipal de Cultura

A black and white photograph showing a sea slug (Lagartija) on a piece of fabric (Sábana). The slug is positioned in the center, with its body and tentacles visible. The fabric is draped and folded, creating a complex pattern of light and shadow. The overall composition is abstract and artistic.

Sábana en Lagartija

.5 MEDIA SEMANA

Hace un poco más de muchos años, entre montañas, vivió uno de tantos gigantes enamorado de una de tantas Sábanas. No sé de qué encantos se valió el gigante para que, después de dibujar ojos, nariz, boca y todos los miembros del cuerpo, se volvieran tan reales como los de una mujer, claro está, muy rara, ya que vuelve a su estado natural –sábana al viento– cuando expresa un sentir.

El gigante fue feliz al ver que el aire hacía volar a su amada, pero, ¡oh, desdicha!, mientras volaba, Sábana descubrió en ella una flor roja que, al saberla corazón, se abrió, causándole tal estado pasional que el gigante, compadecido, no pudo menos que cortárselo y meterlo en ciertas esencias para que no seicara. Los del Más Allá

tomaron a Sábana, le rellenaron el vacío con espinas y la condenaron a vivir sobre Lagartija.

Vivir en Lagartija es como si te sacaran de tu país y te pusieran en otro que jamás has visto. El lagartil es la lengua de los humas, y es necesario que Sábana lo aprenda, al mismo tiempo que busca una manera de sobrevivir.

Voces: Para eso es la inteligencia.

Los del Más Allá le permitieron, antes de partir, que tomara lo primero que se le ocurriera. Ella tomó sus amuletos. Como en sueños, le presentaron a una vieja de 60 años, hecha pedazos. Cuando Sábana estaba a punto de preguntar la causa de tal visión, la encerraron en un guardarropa para niñas, con el impulso tremendo de destrozarse vestiditos, hasta que llegó.

1. SEMANA UVA

Voces: Tus ojos te harán encontrar lo que se te perdió entre sábados de huesos ruñidos, y el cambio total de piezas y amuletos.

Viaje a ojos cerrados a Lagartija, en donde las vértebras son cuadradas y las venas, túneles por donde pasan (o pasaban) trenes que se dirigen a todas las partes del cuerpo: uñas, patas, lengua, cola, etc.

Lagartija se convirtió en país. Sus manos son el puente Luna y la ciudad Discoteca. Las patas: el puente Rompecabezas y el Viejo Reloj. La cola es la parte del cuerpo a la que se llega en ferry. La lengua es la casa de un editor a quien le gusta obsequiar narices.

Aunque Lagartija es de piedra, cuando es perforada o por accidente le rompen una vena, se

ve salir de la herida un vapor rojizo y caliente, que hace sentir mucho mucho calor.

Voces: La ayuda que piensas encontrar, así como así, es tan vana como tu pena. Los amuletos no son esperanzas. Lagartija es un lugar al que entran y salen por diferentes condenas de todas las partes del universo.

Comadres: Las civilizaciones resultan similares en estos últimos siglos.

Sábana renta una habitación en un hotelucho. En el minicuarto la cama está junto a la ventana única por la cual Sábana deja colgar la cabeza con los ojos cerrados. Al abrir los ojos, descubre cientos de ventanas. Transcurren 250 segundos sin cambiar de posición. Nadie salió a recibirla. Con esto no se le quitan las ganas de saludar cuando le viene la euforia.

Por colgar la cabeza, la noche le depara a un joven que la lleva a un concierto de rock en el Cubo. Sábana presta sus sentidos a la luz de los encendedores, policías que husmean, gritos, humo.

Los segundos pasan, el concierto finaliza y los dos se van a caminar por ahí.

—¿La palabra huma deriva de humo? —pregunta ella cuando empieza a llover.

El joven se va como un relámpago. Pudo gritar antes: “La lluvia no dura más de 600 segundos”. Sábana regresa a dormir al hotelucho.

Al día siguiente, consigue un lugar seguro para extenderse sobre una cama exclusiva. Ahí, en el Triángulo, viven siete monjas que se encierran siete horas de todas las noches para multiplicarlo todo al tiempo, y convertirlo a segundos. Durante esas siete horas las puertas permanecen cerradas.

—¡Quien se quedó afuera se quedó!

Sábana acepta con la mano en la Biblia.

La habitación legada por las monjas tiene otras dos camas llenas de ojos (más que ojos, parecen cascabeles oxidados). Para evitar tanto peso, Sábana deja sobre su cama algunos amuletos, otros los lleva consigo para venderlos en las calles y las costillas, por entre las vértebras, para ir conociendo Lagartija, lugar de humo y de años, de cuentos, de gánsteres, moscas que intentan subir los edificios más altos, pero no tan altos como para que la luz no penetre por entre las calles que los humas han construido.

Mientras hablé, Sábana fue a dar hasta la parada del ferry, al lado de 10 negros vendedores de relojes robados.

Un muñeco de pantomima, al terminar su espectáculo, se dirige a ella para advertirla del peligro que corre al vender sus amuletos. Le señala una vena y le da una moneda para que escape de los policías en el primer tren

que le abra la puerta. Lo hace y va a dar a la pata Viejo Reloj, frente al Reloj Tamaño Estrella. Si no hubiera sido por la oscuridad, se hubiera quedado a contemplar mucho más ese Reloj. Pregunta al único huma que ve cómo podría regresar al Triángulo. Este le señala otra vena.

Sube al tren. Al sentarse, pregunta a uno de los tripulantes:

—¿Se dirige a la 54?

—¿54 qué? ¿Vértebra?

—¡Sí!

Nathan es el nombre de quien le responde. Él vive a la intemperie. Le gusta comer bien y beber mejor. No le gusta el trabajo, por lo que detecta las oportunidades más preciadas para agandallar.

Al saber Sábana que es solito, le propone ser amigos y junten lo que junten para poder pasarla. El diálogo no fue sencillo ni corto. Ya habían salido de la vena cuando Nathan le propone que escriba sobre él, hasta que descubren a un frutero.

—¿Me regala las uvas sueltas?

—¡Sí!

Comieron uvas sin dejar de andar, hasta que toparon con un piano que confundieron con caja de coral. El pianista, al ver que se acercaban a su piano, empezó a sonar para espantarles el propósito. Unas mariposas salieron del piano bailando a la luz que emitían las ventanas.

Muchos se reunieron en torno al pianista. Sábana le regaló un amuleto y siguió con Nathan, quien le mostró su lugar favorito.

La Casa Azul resultó ser el lugar preferido de este vago. Dicha casa se encuentra sobre la vértebra 42, al centro de cuyas costillas se les llama la calle del Por-mayor. huma-Quemaduras, humaPutas, humaNarcos, etcétera, por algo se le nombra también la calle del Todo y Prostitutas.

En la Casa Azul comieron el resto de las uvas, las condenas y los planes necesarios para verse el día siguiente en el Triángulo al que Sábana regresa.

—¡Hasta mañana!

Aprovechando que Sábana duerme: ¿Por qué Huma? Huma tiene un origen tan antiguo, digamos que desde la Edad de Piedra. Primero fue la palabra humano con todos sus valores. A medida que estos desaparecieron, con ellos se esfumaron las letras que faltan. Los humas, por pereza, no quisieron recuperarlas. Huma es sinónimo de condenado.

Si Sábana se deja mover por el viento, corre el peligro de parecer epiléptica. Si esto sucede, puede quebrar las espinas que rellenan el vacío, en vez de sacarlas. Si las espinas se quiebran, se corroe el deseo de libertad, impidiendo el regreso a las montañas.

Sábana evita nuevas espinas. No puede expresarse en lagartil. Tiene que buscar orientación con los poetas, que

son los que tienen un verso para cada sentimiento. ¡Buen día!

De nueva cuenta, Nathan y Sábana venden amuletos por entre las patas de Lagartija. En una pata comen y beben. En la otra, presencian un robo y luego no se juntan más.

Voces: Al miércoles se lo comen las cucarachas.

Luz de día, soledad, silencio. Sábana:

—¿Es acaso locura moverse a todos los ojos? —
Recuerda a humas que leen libros religiosos. Una voz la vuelve a la realidad:

—¡Eh, tú, amárralo por su parte!

Se introduce por entre un montón de humas para averiguar lo que ocurre. Un joven gitano se deja amarrar con un mecate, una cadena y una camisa de fuerza para que le paguen los que se divierten ante la agilidad que tiene para desamarrarse. Uno de los espectadores, escogido al azar, amarra al joven gitano. Una Voz con brazo vendado y muy mala finta tiene la intención de ridiculizar el número gitano, e insiste:

—¡Eh, tú, amárralo por su parte!

A tanta insistencia por molestar, los espectadores prestan atención. El joven gitano pierde su paciencia. Pregunta:

—¿Cuánto tienes fumando crack?

Sábana indaga el afán por molestar:

—¿Por qué?

La Voz levanta el brazo vendado con brusquedad como amenaza. Dice:

—¡Ando en mala onda!

Sábana prefiere continuar su camino. La voz calla, guarda silencio hasta que Otro vuelve a molestar, y Voz le hace segunda.

2. SEMANA CANICA

Por la calle, cualquier calle para ser precisa, viene moviéndose Sábana:

—Allá cada cual con sus obsesiones. ¡Todos tenemos que sobrevivir! ¡Todos tenemos que buscarnos a nosotros mismos! Expresarme no me es fácil desde que escribo. Camino y me picoteo los pies. Debo desespíname sin que me tiemblen las piernas, declamar sin hacerme daño. ¡Espinas! ¡Amuletos! ¿Nadie necesita un amuleto?

Algunos transeúntes se interesan por saber el precio de su mole. Ella pone atención en: “Campana: lugar donde se suenan los mocos los poetas”. Sube por las escaleras. Observa las fotografías de guerras lagartiles y extralagartiles. Sigue. Al fondo del pasillo, se topa con una campana y la toca. El badajo comienza a golpear incesante y estruendosamente. De la cúspide de la campana, un poeta con abanico electrónico

encendido se deja resbalar. Imagínense la reacción de nuestra visitante delirando y con el aire enfrente. El poeta, asustado, apaga el abanico y le anota en un trozo de papel sin escuchar nada: “Semana Dado. Hora tal y suerte para llegar a declamar”. Para dicha semana tienen que pasar 11 más.

El poeta escala la campana. Antes de desaparecer, le arroja a Sábana un avioncito de papel en el que hay anotados dos teléfonos de poetas que pueden ayudarle con su evento. CerO, uno de los poetas anotados, la juzga loca, gracias a un teléfono que distorsiona situaciones. zZoe le platica sobre la intersección entre la campana y el Reloj Tamaño Estrella de la pata Viejo Reloj.

—Todos cojeamos. Si mentimos, la pata sana será herida a la caída de un aerolito o a golpe de badajo.

—zZoe, ¿sabes? He escuchado hablar de la fama, ¿dónde debo pisar?

zZoe no responde. Teje sus nueve vidas antes de convertirse en hormiga señalando a Sábana el Reloj.

Van 720 revoluciones en el Reloj desde la última vez que se reunieron los que piden cuentas a la poesía. 720 revoluciones, es hora de que se reúnan.

zZoe da dos palmadas estruendosas y pregunta:

—¿Qué horas son?

Inútil, dentro del Reloj no existen máquinas de tiempo. Sábana se mueve placenteramente al aire de las palmadas. Queda al lado de Saco de Interrogaciones,

quien señala a Pietri, pulverizando las estalactitas que lleva por cabello. Pietri sopla el polvo y se para al lado de Sábana ofreciéndole licor:

—¡Bebe!, las espinas no duelen al extraerse.

Saco de Interrogaciones se coloca al hombro una grabadora y empieza a preguntar por un millón de temas. Por otro lado, una lluvia de labios lastima a Sirena por cantar con lentes oscuros:

—¿Por qué se enfadan?

Sábana, que al silbido de todos se mueve de un lado a otro, escucha la duda. Se queda quieta.

Voces: Si expones la poesía ante otros, y a estos no les agrada, hay que buscar otra forma de decir las cosas, o mejor guardarlas para uno mismo.

zZoe le guiña el ojo y aparecen en la Estación de Gas en no servicio:

—¿Dónde estamos? —pregunta Sábana. Sin esperar respuesta, se introduce por entre el fierrierío de la fachada hasta llegar a cuatro humas que mueven sus bocas moradas:

—Estamos condenados al arte...

—Estamos condenados al arte...

—Estamos condenados al arte...

—Estamos condenados al arte...

—Entonces, ¿por qué no se mueven un poquito más?
—pregunta Sábana. CeroO reconoce la voz distorsionada por su teléfono y se dirige a ella para destrozarle la impertinencia. zZoe presiente el peligro y se aparecen en el bar del Buen Rato para aclarar:

—CeroO, el velo todo, presume de entender todas las lenguas.

—Como solo movían las bocas moradas, pregunté si creían en el arte invisible.

CeroO es el dueño de la Estación de Gas. Le explica a Sábana que en ese lugar se presentan festivales de poesía que se sujetan a un proceso burocrático, gandalla y corrupto. Desde ese momento, ellas no pueden entrar ahí.

En el bar del Buen Rato todos la pasan bien, ja, ja, ja. Marc y Rolando se acercan a ellas, ja, ja, ja. La oscuridad obliga a Rolando a retirarse a dormir, y a las monjas a cerrar el Triángulo. Rolando vive a unos pasos del parque Música. Marc, al lado del Reloj Tamaño Estrella, en un estéreo. Marc maneja un VW destartado en el que le da un aventón a Sábana a casa de Rolando, quien le ha dejado la puerta abierta para que no sufra percances. Marc regala a Sábana su tarjeta de presentación y se despide.

Al otro lado del Reloj se encuentra un castillo en el que vive Enrique, el no rey. Cerca del castillo, zZoe se vuelve a convertir en hormiga.

Voces: ¡Buenas noches!

Oscuro. Sin conocer. A tientas, se deja caer en un rincón hasta que la luz ilumina una máquina de escribir. Se pone a teclear. Rolando abre sus ojos y se maravilla de ver a Sábana escribir sin saber tanto lagartil. Se ofrece a ayudarla después de desayunar al lado extremo del parque Música.

El restaurante R, en el que desayunaron, siempre está en servicio, ya que no existe horario común para el hambre o la sed. No cierra jamás. Rumbo a la máquina de escribir, Sábana se da cuenta de que muchos despiertan en el parque Música. Rolando le aconseja que no se sorprenda. No todos cuentan con cama o casa techada.

Trabajaron a toda luz del día. Golosamente, sacaron copias fotostáticas para que Sábana jugara confeti:

—¡Son mis espinas! ¡Mis espinas! —grita entusiasmada y se va.

Rolando expresa:

—Así es la poesía.

Voces: Negocios son negocios.

Comadres: Dicen que Mr. Trabajo todo lo sistematiza.

Los empleados de Mr. Trabajo sirven por millones y trillones de segundos hasta que quedan inservibles. Sábana no lo ve así. Ella se alegra de trabajar en una oficina en donde se cuenta con todo tipo de material para

satisfacer necesidades emocionales. Además, le darán diariamente 1 800 segundos para rolar cerca de la vértebra 41.

La oficina de Mr. Trabajo se localiza a un lado de la vértebra 41, cerca de la Casa Azul, y cerca también de la librería que llaman Palacio, que es a donde se dirige Sábana.

Muñeca de Pilas trabaja como diseñadora de telas en la oficina de Mr. Trabajo. Cuando se descompone, le da por hablar aceleradamente. Aunque Sábana va al descanso, un murmullo repite lo que Muñeca de Pilas dijo al descomponerse:

—Los humas no son otra cosa que una casa, un automóvil, dos humanillos y cuantas monedas puedan lograr.

Comadres: ¡Muñeca de Pilas y sus teorías humanas!

En esto va Sábana cuando de pronto divisa frente a las escaleras del Palacio a un montón de humas que le hacen ronda a Mono de Pantomima, quien se acompaña de Saxofón.

Saxofón suena al compás de las expresiones de Mono de Pantomima, quien pretende ser la sombra de uno que otro que no le observa. El Montón luce feliz. El espectáculo termina con la revelación del Mono, el que cobra lo que sea la voluntad de los espectadores por su trabajo.

Toma una canasta pequeña y la pasa por entre todos para recolectar monedas.

En el morral de Sábana no hay más que un chicle para dar. Lo ofrece conmovida al ver que el Mono de Pantomima masca uno.

—¡No soy un niño!

Rechaza el chicle y se deja llevar por el Saxo a unos pasos de la del chicle. Ella se le acerca doliéndose de no sé qué. Se abre la blusa como si el Mono entendiera de espinas.

Mr. Trabajo, al verla llegar con los ojos color rubí, pregunta enfadado qué hacer con ella. Ella responde:

—Tíreme por la ventana.

Mr. Trabajo no quiere respuesta. Exige buena presentación.

De la ventana, Sábana va a dar al Triángulo. Cristina le quita la intención de meterse a la cama. Se la lleva al parque de las Luciérnagas.

Cristina llegó a Lagartija revuelta en el equipaje de las siete monjas. Las monjas se posesionaron de ella. Su condena ha sido querer escapar siempre, siempre, siempre. Se queja:

—Tuve un hijo. Lo regalé a quien se lo llevara lejos para ir tras él. Las monjas no se movieron el corazón ni cuando me eché un ácido. Me etiquetaron de loca.

La luz de los insectos parpadea provocando en Sábana un canto: baila que baila sin preocupación, así se acaben

los amuletos. ¿Tienes hambre? Róbate una rebanada de pan, de queso, de río, de pescado. Los polizontes se harán saltamontes, aunque se acaben los amuletos.

Las luciérnagas no se distinguen de las estrellas. Entre el alucine, regresan al Triángulo. Cristina invita a Sábana a su cuarto para leerle una comedia triangular de su propia inspiración. Hace dos, tres comentarios sobre monjas. Revela que la gasolina de la camioneta de las monjas se la acaba ella en las noches de luna llena. También manifiesta su preocupación por no saber el tema al que cambiarían las feas si se hacen bonitas,  a quién criticar n?

Sábana responde que tiene sueño, que fueron muchas cosas en tan pocos segundos, y mañana deberá ir a trabajar.

Sueños, sueños, sueños y más sueños.

Amanece. Los ojos del Triángulo se abren. Los de Sábana dan a la cama vecina. La cama de la linda Yasuko, quien le pide a Sábana una canción. La complace a sabiendas de que no entiende la letra. No le gustará contagiarla de pena.

— Hasta luego, Yasuko!

3. SEMANA CUIS CUIS

El parque de las Luciérnagas es tan grande que cubre unos 2 mil elefantes. Tiene áreas de juegos, de animales, de ruines, de patines, de bailes, de teatro y de actividades desconocidas para mí.

Sábana se encuentra en el parque, buscando un lugar propicio para disfrutar de un *blues*. Al ver que son muchos los humas que van al espectáculo, muestra los amuletos con la intención de que se los compren sin que se den cuenta los polizontes.

La música da inicio. Las piernas se entregan al baile. Sábana, de puro contento, se pone a bailar y a repartir amuletos. Plunker también está entre la muchedumbre. No tarda mucho en dejarse ver los ojos por nuestra condenada. Ella sigue sin parar de bailar hasta el río al que una

vez le robó una rebanada. Platicaron de quién es quién. Ninguno pudo decir mucho:

—Quien no cumple con resignación su condena, es obligado a vivir en estado de confusión —comenta Plunker.

Comadres: Hay de confusiones a confusiones.

Voces: No dejen de imaginar lo dicho... Solamente los del Más Allá sabemos de locura... Nadie dirá nada de nadie.

—Aunque lo que haga parezca absurdo, ni modo —continúa Plunker.

Plunker es un huma delgadísimo, con muchos ayes, sin camisa ni camiseta. Con huarache de cuero, pantalones de cuero, cabello color cuero y una guitarrilla que le acompaña en sus historias de cuero.

—¿Cuánto tiempo crees que tiene la guitarra conmigo?

—Lo que lleva tu condena.

Se ponen de pie y siguen bailando hasta el oscurecer. En las patas de Lagartija topan con flautas y guitarras que tocan en honor a Plunker. Les ofrecen cenar donas con leche y se despiden para ir a sentirse sin casa rumbo al parque Música.

Pocas son las casas que existen alrededor del parque. Lo que sí hay son cuadras abandonadas de arquitectura. Esas cuadras las usan grupos de humas para ir juntando lo que se encuentran sobre la intemperie. Objetos de uso doméstico con los que componen su peculiar hogar.

Plunker y Sábana se detienen frente a una de las cuadras cercadas con alambre. Entran. En una carpa tipo indio duermen dos. Plunker cierra sus ojos sobre un colchón puesto sobre ladrillos. Un joven observa desde un sillón la actitud de los visitantes frente a un escritorio que la hace de todo lo que se ofrece. Sábana se sienta a un lado del escritorio escuchando polilla y zancudos, espantando el sueño. Transcurren 7 200 segundos y dos zancudos caen muertos cuando empieza a llover. El joven abandona el sillón y se mete en la carpa con sus otros dos compañeros.

Voces: Los que no tengan casa, vivirán al antojo del clima.

No llueve por más de 600 segundos.

Plunker despierta con los gritos solemnes de Sábana. La toma por una esquina. Corren entre venas y condenados. Entran al restaurante R y piden dos tazas de café.

Comentaban sobre los recuerdos, cuando aparece entre ellos un genio, quien platica con Plunker en una

lengua ininteligible. Sábana, aburrida, empieza a doblar tenedores. El genio la mira. Le mete una piedrita de cristal en el ojo izquierdo y desaparece.

—¿Quién es? —pregunta Sábana.

Emil, nadie le conoce.

Los segundos pasan. Las monjas aún no terminaban de convertir todo a segundos. Nuestros dos amigos anduvieron por la vértebra 42. Callados. No todo se dice al primer encuentro:

A esta vértebra le nombran Por Mayor.

—¡Ya sé! —responde Sábana alucinada por el agujero del que sale un vapor rojizo y caliente. El imán del mal. Iba directo a él. Plunker se acuerda del peligro y la detiene. Le cuenta de robachicas que se escapan por ahí con la presa para luego explotarles la mole.

Voces: Las prostitutas escurren los recuerdos por el cabello.

El agujero está frente al 228 y da a los espacios más inimaginables y abandonados de la sublagartija.

La oscuridad se va. Plunker también. Su condena se deshace. Sábana no tiene más remedio que ir a dormir a su cama.

Descansa. Regresa al restaurante R para encontrarse con Rolando. Transcriben poemas, espinas. Se separan.

Voces: Los días pasan y pasan. Aunque nadie realiza nada nuevo, el tiempo sigue.

El parque de los Columpios es unas 1988 veces más chico que el parque de las Luciérnagas. El primero queda a 26 pasos del Triángulo, el otro, a 800. Hago esta aclaración porque Cristina y Sábana columpiándose andan por los aires. Cantan y dicen nimiedades. De pronto, Cristina divisa a un macho que se masturba mientras ellas levantan y bajan las piernas al darse vuelo. Previene a Sábana. Se imaginan que el macho lo hace por temor al sida. Cristina continúa platicando:

—Acabábamos de llegar a Lagartija cuando descubrí el parque. Un día, me oculté entre esos árboles. Vi algo que no olvidaré. Un huma acariciaba tiernamente a una paloma, como consolándola de lo tremendo. Parpadeé. Hubiera sido mejor no abrir los ojos. El huma asfixió a la paloma. La vi temblar entre sus manos.

Anochece. Se meten al Triángulo. Las monjas penan. Cada cual se va a sus quehaceres. Sábana trabaja, excepto sus 1 800 segundos, cuando conoce a Carlos, “el hielbero”. Caminaban por el Palacio cuando alguien exclama:

—¡La del chicle!

Mono de Pantomima la reconoce. La invita a ver el espectáculo de la tarde con la intención de borrar lo

sucedido. Carlos también la invita a uno de los cines de la 42, después del espectáculo.

Carlos termina de vender su hielba. Despacha a gritos a sus revendedores. A gritos se comunican los hielberos. El negocio de Carlos se encuentra detrás del Palacio. Les informo por si un día se les ofrece.

Antes de que Mono de Pantomima empezara su número, Sábana le entrega un dibujo especial que le hizo en la oficina de Mr. Trabajo. El Mono lo coloca entre sus pertenencias. Antes de mirar el dibujo, presenta el espectáculo. En las inmensas escaleras del Palacio, tres humas dispersos jamás se acercaron a participar:

—Es necesario suspender. Lo poco que presenté es para agradecer tu regalo. No me gusta recibir sin merecer. Lo guardaré junto a otros que me han obsequiado. Se parecen. Todos son iguales. Nada es original.

Voces: ¡Reencuentros y desilusiones!

—Tengo hijos y esposa. Iré a un lugar donde paguen bien. Sé que estos (señalando a los dispersos) no pagarán ni una moneda.

Comadres: ¿Te acuerdas de lo que dijo Muñeca de Pilas?

Sábana está plicas con la película. Carlos, con sus vicios y las ganas de tomar a su invitada por los hombros. La película es de vampiros.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! (hasta 25 ¡ahs!).

Los que estaban clavados en la película se asustaron de verdad. Otros gritos fueron de acelere. De la primera fila, uno de los revendedores de Carlos se para a golpearle el codo en señal de peligro. Carlos se dirige al baño. Cuatro lo siguen. Antes de ir a defender a su pandilla, le pide a Sábana que le guarde el paquete con hielba:

—Regreso antes de que termine la función
—murmura.

Sábana ve el resto de la película con incertidumbre. Queda entre putas, corrientes y mafiosos. Carlos, en el baño, venga agravios de otro grupo de revendedores. Tienen que salir a pelear a la intemperie.

La pantalla queda en blanco. De Carlos, nada. La sala se vacía. Sábana guía sus pasos al Triángulo. El cielo le parece demasiado oscuro:

—¿Qué habrá sucedido?

Se acuerda del agujero sobre el que le contó Plunker. Llega al Triángulo cuando una monja estaba a punto de cerrar. De suerte que no le pasó nada.

Sábana sube 36 escalones y da seis pasos para abrir la puerta de su habitación. Ana y Yasuko duermen. No

enciende la luz. Todo lo hace a tientas. Abre uno de los cajones que le prestaron las monjas. Guarda el paquete. Se acuesta. Respira profundamente. ¡Oh, sorpresa, huele, lo notarán!

Vuelve a ponerse de pie. Mete el paquete en una bolsa de plástico para no delatarse. Duerme tranquila. Le falta pasar por los nervios de regresar el paquete. Nervios porque a unos les gusta. Otros la venden y se supone que los perros policía huelen a los que la cargan.

Si Sábana hubiera vendido la hielba por su cuenta, hubiera podido vivir una semana sin trabajar. Pero no, la regresa. Cuando Carlos y los revendedores se le acercan:

—¿Qué pensaron de mí al no verme en el cine?

—Que si traías el paquete, eras buena. Si no, mejor que ni te encontráramos —responde un revendedor. Le regalan unos lentes oscuros, su amistad, y Carlos, orgulloso de tener en quien confiar, le cuenta lo sucedido.

Su pandilla y la otra banda corrieron con la intención de desconocerse el alma. Lo único que les queda de humanos.

Todos terminaron felices, contentos y sin moraleja el cuento del paquete que se pudo perder. Hay un inconveniente: Sábana tiene una espina más, el temor a la violencia de los humas.

Voces: ¡A trabajar! ¡A trabajar!

Muñeca de Pilas mueve sus labios verdes sin que nadie atine girar el signo de infinito que tiene tras las orejas para que pare.

—El único lugar decente sobre Lagartija son las uñas. Yo vivo allí. No matan fácilmente. Los uñenses inventamos los horarios de oficinas. De la Uña al trabajo, del trabajo a la Uña.

Sábana entra en la oficina. Los labios verdes la llevan a revivir imágenes: humas que corren por las noches. Humas azules, blancos, negros, de colores y hasta fosforescentes, con fierros o palos en la mano, golpee y golpee, ¡pas! ¡pas!

Uno de los golpes vuelve en sí a Sábana. Poco a poco, se apagan los verdes labios aún movedizos.

—Con una sola de nuestras miradas acuden a la violencia. Debemos caminar sin mirar a ningún lado.

Muñeca de Pilas se va directo al elevador usando sus manos como visera de caballos mostrándonos cómo debemos de caminar sobre la intemperie.

—¡Qué le corten la cabeza a Lagartija!

Sábana se sacude para olvidar y salir por la ventana con la intención de volar. Vuela:

—No me frustrarán las cosas que les veo hacer. ¿Qué es eso de ponerse una pared? A mí me gusta mirar a todos lados. No quiero temer a mis semejantes. Aunque suene retórico, ¡sí!, a mis semejantes.

Comadres: ¡Dale con las palabras!

Voces: Lenguajes son palabras nada más.

—¿Que me puede pasar algo? ¡Qué importa! Siempre pasa algo. No quiero confundirme. No quiero sentir miedo.

Sábana no alcanza a Naoko. Se va meditando rumbo al trabajo. Saluda. Se concentra en la pronunciación de su lagartil para responder lo mejor que se puede a los comerciantes de telas que se acercan por información. Nadie pregunta nada. Sábana se enajena con las tarjetas de presentación que trae en su morral:

—855 8658, Comité Interlagartil de Poesía —lee. Es la tarjeta de quien se ofreció a ayudar en la transcripción de sus espinas. Marca el número. El mismo Mark responde y platica estar en conexión con la Estación de Gas en no servicio:

—Uf, tengo mucho trabajo, mucho trabajo, y aparte del trabajo, otro trabajo, pero ¿qué harás esta noche?

—Nada.

—Paso por ti al Triángulo. Me platicaron que vives con monjas. Te invito a cenar en casa de Murat, un poeta rico, rico. Su esposa cocina delicioso. Tienen varios automóviles y a sus humanillos en escuela de paga. ¿De dónde crees que obtiene el dinero? Ya verás, la cena estará deliciosa. —Cuelga.

—Sobre la ayuda, ¿qué? Quizás, después de la cena.

Del Triángulo a la casa de Murat. Bob, el secretario del presidente de poetas, les hace una reverencia. Los dos humanillos de Murat juegan y los dueños reciben a los invitados. Mark y Sábana están felices, al igual que todos. Comiendo y bebiendo hasta el hartazgo.

casa-edificios, apartamentos, oficinas. Nada tan importante como el mandado. Un loco, otro loco. Escasean los sinceros.

—Todavía tenemos una moneda en el morral. Son dos manzanas, no monedas. ¿Y esa música? ¿Sigues siendo tú, Naoko?

Ha rato que la abejita no le acompañaba. La música la emite humaViolín. Sábana le pregunta amablemente si acepta manzanas y coloca una en el estuche semiabierto que luce monedas sobre un forro de terciopelo púrpura. Complacida con la melodía del anciano, se desliza y desaparece saboreando la otra manzana.

5. SEMANA RUN RUN

La superficie de Lagartija está rodeada con una muralla de cristal en la que chocan las nubes en forma de espuma de mar. La muralla comienza por el lado derecho del cuello, y termina en el lado izquierdo. La cabeza es la única parte desprotegida. Si los cabecenses, los más crueles sobre Lagartija, te permiten traspasar a su territorio, no dejes de bajar a la panza para disfrutar del maravilloso espectáculo que ofrece el país al que le rebotan las nubes alrededor, y ver a los que se dan contra el cristal para no pensar en su ego.

Sábana, Yasuko y Ana, la de la tercera cama llena de cascabeles oxidados, suben por un lado del cuello a la muralla. Andan los cristales hasta quedar exhaustas. Los cabecenses, ocupados en chupar almas, no se fijan en ellas.

Comadres: ¡prefieren uñenses!

—Llegando al Triángulo, nos bañamos y nos acostamos —propone Ana.

—¡Miren! Hay mucha gente en el parque de los Columpios —observa Yasuko.

Sábana no entra al Triángulo. Se va al carnaval con Pietri y Mabel, quienes en ese momento pasaban por la corriente. Los tres gozan de la danza el folclor y el tino.

—Pietri dice que estás *crackeada* —chismea Mabel.

Los únicos tres columpios son empleados por este trío. Todo luce feliz. Unos compran adornos. Otros descansan o juegan. Sábana, quien tiene experiencia columpiándose, extiende sus brazos para rozar el cabello de sus compañeros. Mabel, rápidamente y asustada, se baja del columpio y se oculta tras un árbol. Pietri lanza una mirada de fuego contra Sábana, la toma del cuello con la intención de ahorcarla, pero la suelta y se esfuma.

Voces: Hace mucho mucho mucho, Lagartija fue condenada a ser de piedra. La sangre es el vapor rojizo y caliente que no quema, y su hijo es Pietri, el de cabello de estalactitas y condenas invisibles. Los que cayeron luego ni en el olvido lo tienen.

Mabel se acerca a Sábana con expresión de fiesta. La invita al Ojo Tuerto de Lagartija, desde donde detecta a todo aquel a quien brindar homenaje y hospitalidad:

—No soporto estar sola —confiesa. —Tengo que descubrir la causa de mi ceguera —dice al entrar al Ojo Tuerto, al que ella misma coloca un manto, para que la niña de la pupila no sienta frío.

Sábana ve la paradoja sin expresarla. Comen, ríen, se abrazan, se enredan. Se separan al amanecer. Mabel queda prendada de Sábana y se vale de Enrique, el No Rey, para contar con ella en la lectura de poesía. En Mabel, un hongo de orgullo impide hacerle la invitación directamente.

Sábana llega al Triángulo para darse cuenta de que no tiene ropa limpia.

Se presenta así al trabajo:

—¡La apariencia! —grita enojado Mr. Trabajo.

Ring, ring.

—Oficina de Mr. Trabajo, Textiles. —Sábana atiende el teléfono.

—¿Sábana?

—Sí, ella habla.

—Soy Enrique, amigo de Mabel. Estás invitada a una lectura de poesía. Te esperamos la semana entrante en el castillo, al lado del Reloj Tamaño Estrella.

Al salir del trabajo, Sábana se encuentra con Carlos. Van al cine. Carlos le ofrece una gran variedad de drogas. Solo toma una bacha y la guarda. Al terminar la función, Sábana decide ir a sentarse a la Casa Azul para contemplar humas, anuncios de neón. Se encuentra aburrida. Nada la prende. Los hombres empiezan a ofrecerle dinero por su mole, compañía, o su más sincera amistad:

—Si sola me ven es porque así lo deseo —grita hacia la noche.

HumaEspejo no se espanta. Le ofrece licor:

—¡Bebe!, percibo la condena que padeces.

Sábana vuelve a su aburrimiento. Se ve una serie de veces en los espejillos que forman el estado natural de humaEspejo.

Comadres: ¡Y eso que las condenas son invisibles!

HumaEspejo canta cada luna llena en el puente Luna hasta el amanecer, cuando vuelve a cruzar el puente llorando su velada. Espejo mide 2 metros de altura, algunos 60 centímetros de ancho, y su cabello son rayos de bicicleta. Canta “¡Música, música!”, desprendiéndose dos de los rayos.

—¡Qué sé de música! —responde Sábana, en tono de “qué me importa”. Espejo aprehende la imagen de Sábana y corre mágicamente hasta un parque rodeado de parejas sucias y drogadictas.

—Traigo una bacha.

Sábana invita. Espejo se la arrebató, la enciende y contempla el humo que se extingue por entre sus espejillos. Sábana reclama:

—¿Por qué con mi bacha?

—Aquí la venden, una bacha es una burla.

Espejo arranca otro de los rayos.

—¡Canta! —le ordena como dirigiendo su propia orquesta.

—Escribir, escribir, escribir. No todos tienen que decir. ¡No saben cómo escribir!

—¡Mííiraameeeee! ¡Yo sí!

Sábana no soporta la ilusión. Sacude su cabeza, y escapa:

—¡Me gusta ser libre! —grita. Momento sublime en el que se saca una espina.

6. SEMANA JUGUETE RARO

Bueno, quedamos en que Muñeca de Pilas, en su camino trabajo-casa-uña, se detiene una sola vez, en la calle Ropa. A Sábana la invita un día y le cuenta sobre la debilidad de ver vestidos, mientras pasa rozando sus dedos blancos sobre la seda de algunos de los que exhiben en las tiendas. Luego dice:

—El negocio de Mr. Trabajo son los textiles. Telas para los que desapruaban la desnudez.

Mr. Trabajo siempre ha entendido las descomposturas de Muñeca de Pilas. La que lo saca de onda es Sábana.

Voces: Otro día de trabajo.

Mr. Trabajo finge desesperación dejándose caer en un cómodo sillón de la oficina. Muñeca de Pilas lo consuela:

—Soy la indicada para hablar con Sábana. Mataré dos pájaros de un tiro. Me entero de su condena y le comento que no sirve para el puesto que ocupa. Mis clientes se quejan de no entender el lagartil que habla. Además, se la pasa escribiendo. Emplea el material de la oficina como si fuera de ella. ¡Se cree en una escuela de educación personalizada! Me preocupa su vagancia. Un día de estos nos vienen a pedir datos sobre ella porque la asesinaron.

Sábana, frente al directorio telefónico, intuye algo malo. Inútilmente, clama ayuda de algún poeta. Inútil. Se va con Muñeca de Pilas al bar de la Risa, sobre la vértebra 43.

—¿Te gusta el trabajo? —pregunta maliciosamente Muñeca de Pilas.

—¡Sí, mato dos pájaros de un tiro! Gano para pagar la renta y aprendo el lagartil. Es como una escuela personalizada. ¡Hasta leo!

Después de dar en su respuesta las pruebas suficientes para ser despedida, Sábana sale a rolar su situación.

Por su parte, Muñeca de Pilas recorre todas las tiendas de la calle Ropa, tentando los vestidos exhibidos hasta que ingresa a la Uña. En su hogar, olfatea los pasillos, quiebra las ventanas, inhala aire profundamente y se lanza hacia la muralla de cristal con la fe infinita de traspasarla. Propósito apócrifo por aniquilar su pasión hacia los textiles. El sudor de su cuerpo la adhiere al cristal.

Espera a que su cuerpo resbale, resignado y frío. No es la primera vez que lo intenta.

Muñeca de Pilas siempre ha soñado con destener lo tenido. Se ha encaprichado al olvido para olvidar su capricho. Duerme mientras Sábana se encuentra hipnotizada ante la chaquira brillante del pecado en gracia del 228. Tras de Sábana, el agujero por donde sale el vapor rojizo que no quema. Un negro le gruñe:

—¿Buscas trabajo? —es el vendedor de fichas.

—¡Sí!

Espera a Judith, la jefa de personal. Sentándola sobre un banco a su lado.

Sábana aprende el uso de las fichas. Son para hacer funcionar televisioncitas que están pegadas al fondo de cada uno de los muchos cuartos de metro por metro cuadrado. Exponen videos porno mientras se masturban. Otros guardan un puño de fichas en la bolsa de su saco y bajan los escalones que hay al fondo a la derecha del salón. A Sábana le da curiosidad por ver la planta baja:

—¿Dónde está el baño? Quiero ir.

—Bajando, a un lado de las escaleras.

Cuando desciende, tres fulanos la huelen desconocida. Uno la sigue hasta que regresa con el primer fichero. Sábana se fija en un segundo fichero rodeado de putas, hombres de muchas fintas, probando de todo, intercambiando fichas y más fichas para entrar en los cuartos de

metro cuadrado. El segundo fichero le pide cuentas a Sábana. Como espera a Judith, le permite que una de las prostis la lleve al baño. La prosti le informa sobre los precios del cuerpo:

—No te dejes meter el dedo —le aconseja a Sábana.

Sábana pregunta:

—¿Qué son las gradas?

—Tres o cuatro compañeras bailan allí.

Sube las escaleras. El fulano aún la sigue y, al pasar por uno de los cuartitos, la mete, pidiéndole ayuda al momento de masturbarse. Sábana, destanteada, se zafa. La luz le da en la cara, y la voz del primer fichero grita:

—¿Trabajando por cuenta propia? —pregunta bastante enojado, pero en ese momento llega Judith y le pide a Sábana que la siga a la planta baja para entrevistarla.

—¿Qué área prefieres? —La mira fijamente.

—No vengo preparada de ropa. Tengo que ver cómo bailan. Mañana por la mañana estaré aquí.

Judith permite que Sábana entre a saber de las gradas, y le escribe una carta de recomendación para que en la mañana se evite la entrevista de otra jefa. Escribe:

“Saby es una buena mujer. Judith”.

La buena mujer se encuentra dejándose invitar tres copas por tres desconocidos. Pensando en su nuevo nombre del 228, va a dar al bar Al-Tiempo, en donde no

habla, mira y se sale como si nada, brinque que brinque las vértebras:

—¡54! —Se detiene y observa “Comandancia de Policía” frente al 315.

Judas vive en el 315. Su madre es una Televisión, con ella aprendió el lenguaje de los hilos. El lagartil le entró por la ventana, en forma de barullo policiaco, mala onda.

Judas nació hace más de 4 745 días y tiene mil de vivir con la hija de su padre, llamada Lesbita. Ella no ve Televisión porque se descompuso. También vive con un tal JJ, sin inconvenientes.

JJ toca la guitarra dale que dale, con la misma tonada para ser famoso, así lo cree y así se lo ha hecho creer a Judas. Ni JJ ni Lesbita trabajan. El perro, menos, se llama Pepe y siempre espera la llegada de Judas, quien trabaja en una revista de ropa como productor. En estos momentos llega enojado y arrasa con Pepe. No entendemos lo que le pasa. Ha dejado de usar sus películas, sus discos, sus caricaturas, sus pósteres, sus juguetes raros. Todas sus cosas están descuidadas y empolvadas en su cuarto, a donde no se entra sin su consentimiento.

JJ y Lesbita invitan a Judas a buscar aventuras. Se deciden por el sur del reptil influenciados por el salto de Sábana:

—¡54!

—¡Quiero una de esas! —expresa Judas señalando a Sábana. Los tres, de la manera más cordial, la invitan a vivir aventuras. Ella acepta y Judas ya no piensa en lo inentendible de su mal genio. Se siente acompañado.

Sobre el tren, juegan a intercambiar asientos. Lesbita pregunta a Sábana:

—¿Quieres repetir lagartil señalando las partes íntimas del cuerpo, tocándonos?

Sábana no siente interés por pronunciar en lagartil sus partes íntimas. Se pone a correr y a gritar ahes cada vez que se abren las puertas del tren. Un “¡ah!” prolongado, intenso e insospechoso. Al creer Judas que su juguete raro podría ser callado de un trancazo, se tensiona aterrorizado hasta que bajan del tren.

Judas, JJ, Lesbita y Sábana fiestaron hasta que casi acabaron las horas oscuras. Sábana entró con sus amigos al 315 con su muy mala apariencia:

—¿Por qué ropa sucia? —pregunta Judas a Sábana.

—Tengo poca ropa, y muchas espinas por arrancar. La imaginación está que se rebota. ¡Estoy embotada!

Judas ofrece a su juguete viviente que se mida la ropa que guarda en una caja:

—Si te queda, es tuya.

La hija de su padre y una prostituta contemplan los ojos de Sábana y le dicen:

—Tienes luz en los ojos.

—Es sueño —aclara Sábana, y se queda dormida en una de las cajas que Judas tenía vacía. JJ se sienta en un sillón de la sala. Lesbita, en otro. Judas contempla a la bella durmiente, a su juguete raro, restándole oído a la melodía que JJ toca incesantemente con una pasión recelosa.

Sábana despierta. Judas le da de comer. Le ayuda a meter en una bolsa la ropa regalada y la encamina 400 pasos al Triángulo que se localiza sobre la misma vértebra.

Comadres: ¡Qué bueno es encontrarse con alguien que habla el idioma de los hilos! Aparte, le ayuda con las espinas.

Voces: Judas tiene miedo a la intemperie, pero no es malo, al rato los comunico.

Enrique, el condenado a No ser Rey de su castillo, anudada su gracia a causa de encontrarse ubicado al lado del Reloj Tamaño Estrella, se encuentra en el patio corriendo con sus ninfas, preparando la lectura de poesía.

Rayan carteles, suenan tambores, zapatean los sonos, los gritos de Mabel, los orines de niños, y exclaman:

—¡Qué buena fiesta!

El patio del castillo da hacia un salón y un baño en desuso repleto de cortes colgantes de seda. Si se ofrece ir al baño, debes subir 112 escalones hasta el octavo piso. La bajada es una planta julieta del tamaño liana que viene a

dar al patio de la lectura que comenzó hace 800 segundos. Uno tras otro leen. Sábana se acerca a Pietri y le pregunta:

—¿Cómo vislumbraste mis espinas esa noche del Reloj?

Pietri lanza una carcajada. Todos se callan. Pietri declama entre humanillos que juegan a quitarle el manto a la niña de Mabel; suben la julieta tamaño liana cuando Pietri coloca a Sábana frente al grupo y la hace declamar. La interrumpen los meados de un niño. Sábana muestra a Pietri el primer intento de sus espinas en lagartil. Pietri se lo compra:

—¿Cuánto por el libro?

—Un ácido.

Se separan al bullicio:

—¡Llegó el Tambores! —gritan entusiasmados.

Tambor, el padrino del baile, había llegado. Su condena es la salsa, charanga y bongo, carnavalito para cantar. Dirige un conjunto musical y no se enoja cuando Sábana le toca alguno de sus ocho tambores.

Todos bailan. A Mabel se le sube la imperación imperpinente hasta el colmo. A Sábana le dejó de hablar porque se negó a casarse con ella, porque no le pidió posada, a sabiendas de que el Triángulo se encontraba en penitencia; porque no la puede manejar a su antojo.

La fiesta termina. Tambores se hace sonar llamando la atención de Sábana. Ella se prende. Los dos, bailando y cantando, llegan hasta la cabeza de Lagartija.

—¿Por qué vives en la Cabeza?

—Es el único lugar en el que puedo estar tranquilo —responde Tambores sin dejar de tocar puras para arriba. Ella baila y declama hasta el amanecer, hasta que se presenta a trabajar.

Mr. Trabajo no despega la vista de ella hasta que terminan las horas de oficina.

Judas reza por la visita de Sábana:

—¡No me interesa si sueña con gigantes o habla de espinas y condenas!

Comadres: Mencionando al juguete de las montañas, y ella que se asoma.

Al entrar Sábana al 315, Judas le pregunta:

—¿Vendrás a vivir con nosotros?

—¡No! Solo vivimos a 400 pasos de distancia. ¿Sabes? Tengo ganas de preguntarle a Pietri, un poeta que conocí en el Reloj Tamaño Estrella, por qué viste de negro y por qué no se deja tocar el cabello.

Sábana calla y se va al Triángulo. Cristina la divisa triste y cansada. La lleva a la cama y se queda con ella hasta que pregunta:

—Cristina, ¿qué hay en la mirada de los malos? ¿Qué en la de los buenos? —Y se queda profundamente dormida hasta que las cucarachas se asquean de miércoles.

Jueves hermoso. Enrique, el No Rey, festeja la tarde de oficina en la iglesia de la vértebra 43. Dicha iglesia solventará a Pietri por 48 semanas porque escribió algo que lo condenó a ser dramaturgo. Enrique espera vagar con Pietri. Salen y se topan con Sábana.

Ja, ja, ja, je, je, jo, jo, jo.

—¡Vamos al árbol! —invita Pietri.

—¿A tu árbol? —pregunta Sábana.

—Sí, el único árbol habitado. Se entra por la raíz y sales por donde puedes. Mide 38 metros de alto —informa Pietri.

Enrique, hambriento, convoca a cenar. Pietri se queda en el árbol. Sábana sale con él y le dice:

—Comida hay hasta en la basura —y de sobre la cuneta recoge un esqueleto de pescado. Enrique siente asco. Tambores aparece transmitiéndoles su alegría. Cuentan que fue la última vez que se escucharon sus tambores sobre Lagartija. Sábana rompe el silencio:

—Me da la sensación de haber caído en un embudo embarrado con grasa y aceite. La condena es querer llegar al diámetro mayor. Siento que estoy buscando la fórmula para subir. Ponerme lo que sea en manos y pies,

dejarme crecer el cabello, escalar una trenza y regresar a las montañas.

Enrique no entiende el delirio de Sábana. Regresan al árbol.

Ja, ja, ja, ja, jo, ji, ja.

Pietri canta cómo se dejó caer desde la rama más alta del árbol sin romperse más que una uña. Enrique alucina con la voz de Sábana la historia de “perdón-ofensa” de Mabel.

—No se junten más —saca por conclusión Enrique, y se retira a su castillo.

Pietri y Sábana brindan por la noche lunática. Pietri hace sonar sus estalactitas:

—¡La Gran Puta, la Gran Puta!

Sábana tiembla sus espinas:

—La Gran Puta es el fuego del sol. Los géminis son hijos de la Gran Puta. Habrá que traer las cosas a la luz.

Resuena Pietri y Sábana cierra sus ojos sin paz.

7. SEMANA HUEVO

Sobre la alfombra de la sala en el 315, Judas y Sábana juegan y platican con confianza moviendo las piezas de un rompecabezas.

Judas cuenta que antes de fundirse el bulbo de su madre, su padre la contemplaba buena parte del día, para luego ir a una compañía cinematográfica a contar su experiencia obtenida, cobrando un sueldo por dicha información.

—Me daba para pagar mis estudios y para gastar a la hora del recreo. Ese dinero lo ahorré y lo invertí en todo lo que tengo, y será tuyo cuando vengas a vivir aquí.

Sábana lo escucha quitando telarañas y el polvo de los juguetes raros, y se vuelve a sentar para seguir con el rompecabezas. Tumba, sin darse cuenta, el morral. Su diario cae abierto

junto a Judas mostrando la carta de recomendación del 228:

—¿Por qué no me habías contado del 228? —pregunta Judas.

—Cuando te conocí, venía de ahí. Me asomé a las gradas. Tres mujeres bailaban con escasas pañoletas sobre el cuerpo porno. Una de blanco se acercó a una ventanilla que se abrió. Le dijeron algo al oído. Recibió una ficha y se dejó meter la mano de un pelado entre las piernas por 45 segundos. Me miró a los ojos justificándose inconscientemente. Le entendí algo sobre dinero, y me volteé a ver a las otras que bailaban sin gracia.

—¿Esas dijeron algo?

—No, pero sentí que sus ojos eran pozos.

Terminan el rompecabezas. Duermen hasta el amanecer. Sábana, en la caja que encontró vacía, y Judas, en su cama. Abren los ojos.

Mr. Trabajo decide no presentarse en la oficina. Sábana se mete a limpiar por gusto y, de mala suerte, se le cae una escultura de valor incalculable. Al escucharse el quebrerío, Muñeca de Pilas se descompone con placer. Arnoldo, un empleado que hasta el trágico momento escultural se había escuchado maldiciendo el mundo, canta para evitar el delirio de Sábana, al tiempo de pegar la escultura como si nada hubiese pasado. Sábana llora avergonzada al sentir que no correspondía a ese trabajo.

Mientras Sábana regresa al Triángulo, Cristina planea encerrarla en su sueño. La tantea hasta que se duerme. Se introduce en el cuarto de la víctima para soñar con un festival de artesanías, teatro, canto, comedia, dinero, risas, ojos...

Sábana y Cristina entretejen sus pasos por entre la muchedumbre. Entran a diferentes carpas. Las saludan rostros humanos petrificados, con perforaciones en las sienas de las que escurren relojes, hierros, basureros... En tamaño cielo, ven reflejada la vida en sí. Humas que se cuestionan cómo sobrellevar su alma, cómo encontrar la felicidad; ¿qué más se puede desear en Lagartija?

Sábana solloza la noche entera:

—Mi flor huele asquerosamente. De Sábana a mujer. De mujer a huma, empleada, borracha, aventurera y un pilón de pasión. Los humanos pasaron de moda hace mucho tiempo. ¡No me ignoren! ¿Hay algo después del pensamiento?

Cristina la despierta para hacer el plan secuestro camioneta de monjas y llevar a Sábana a la orilla del puente Luna.

Pasar el puente en noche de luna llena es peligroso. HumaEspejo es el único que puede pasarlo, encarar a la luna y seguir su camino. Otros humas, con la creencia de poder ver los ojos de la luna, se dejan cerrar los propios por los siglos de los siglos. La señora luna jamás

permitirá que le vean. A humaEspejo, sí, por ser la única parte donde se puede contemplar su belleza.

Voces: ¡Luna mata melancólicos!

Sábana baila instintivamente su ritual para no morir. Regresan al Triángulo a esconder la camioneta y el secreto del éxtasis esencial.

Comadres: Me da gusto que los domingos cierran las oficinas.

Judas invita a Sábana al parque de las Luciérnagas para gozar del rechinido de patines. Una vieja les pide la banca en la que se sentaron, pero Sábana la niega. Judas descubre que no hay que tener miedo a los murmullos policiacos. Se toman una fotografía. Los dos se alegran de encontrarse entre árboles y condenados. Al oscurecer, Judas acompaña a su juguete raro al Triángulo, y se va a disfrutar de su no miedo rumbo al 315.

Al día siguiente Judas busca a Sábana durante sus 1 800 segundos de libertad, que se suman a millares, derrumbando su situación laboral. Sábana pierde la noción de oficina al preguntar:

—¿Cuál es el lugar que más te ha impresionado?

—El hospital —responde Judas, y la lleva. Les da hambre y ambos se despreocupan del trabajo. Sobre la

vértebra 14, encuentran un restaurante donde cenar. De regreso a sus respectivas camas, Sábana salta que salta de un lado a otro de la banqueta. Judas se irrita tanto que le llama la atención a gritos:

—¡No te das cuenta de que vas estorbando a los demás!

Sábana pierde otra espina. Solo siente dolor. Después de 120 segundos sin respirar, delira favorecida por los del Más Allá porque, por primera vez, ignora. Judas regresa solo con la frustración de no poder domarla.

—Las cosas no se me presentan claras. ¿A dónde para lo que uno ve? Venden putas, droga. Roban carros, cortan cabezas. ¿Hago mal en buscarme a mí misma? ¿Por qué, mí misma? —Sábana vacila sus pasos hacia el Triángulo. —Uno, dos, tres. Vienes, voy, nos encontramos. Creemos, terminamos. ¿En dónde quedó la bolita?

8. SEMANA HUY HUY HUY

Sábana se encuentra en pleno delirio cuando Naoko, la abejita de la estampilla, se le introduce al oído. Sábana, aturdida, corre hasta el árbol de Pietri. La recibe guiando los pasos de Sábana con agua escurrida desde su cabello largo, negro y rizado. Sábana delira.

—Justificar la existencia, la dignidad, todo y de todo, lo contrario, lo que se ha vivido, ¡el sobrevivir!

Pietri, como si nada hubiese escuchado, le da unas monedas incrédulo de que pueda conseguir hielba sobre la vértebra 42. Ella se dirige rumbo al Palacio recordando en el trayecto al misterioso Pietri. Según Rolando:

—Disciplinado e indisciplinado. No se deja agarrar el cabello. Nadie toma licor como él.

Comadres: ¡Pácatelas!

Carlos la despacha bien y le advierte no darle ni venderle más *hielba* si no se acuesta con él. Sábana, abriéndose paso por entre los perversos, regresa al árbol. El humo en la habitación mimetiza el traje negro que viste Pietri.

—Digo lo contrario de lo que siento.

Sábana continuaba llenando el espacio de humo sin escucharlo:

—Duermo de noche. Nunca rezo frente al altar. Como de día. Mi abuela, mi madre y mi hermana son una sola persona. Nací del luto y de la magia negra.

Se van al bar de la Rosa. Sábana se queda anonadada ante los pétalos del bar que caen petrificados, como pétalo billar, pétalo barra, pétalo pista de baile, pétalo baños, y así, hasta formar la Rosa que tanto adora Pietri:

—Aquí vengo a soñar y a enamorarme de Judith.

Judith sirve las bebidas. Pietri canta con su voz púrpura:

—Si quieres ser famosa, tienes que suicidarte.

Sábana le pide compasión con la mirada. Huma-Piedra la compadece por tres segundos:

—No le digas a nadie que le necesitas.

Regresan al árbol. Un negro bizco y feo, con botella de ron Don Q, estaba entre las raíces sentado, hablando

en voz alta sobre el suicidio. Entre los dos aterrorizan a Sábana, quien decide retirarse:

—¡Me marcho, que disfruten su velada! ¡Con permiso!

—Espero te hayas sentido insultada —la despide Pietri solemne.

Sábana se dirige al 315 para hablar de su espasmo. No tiene a nadie más a quién contárselo:

—No quiero morir sin saber el porqué de mis espigas —le dice a Judas cuando este abre la puerta. Le cuenta una versión ficticia sobre su miedo, por el miedo del miedo que se suma a su miedo. —Si no tengo opción, que se me introduzca un alfiler larguísimo por el cuello hasta llegar a las espigas más profundas; que se quiebren al impacto.

Voces: Pietri estará eternamente en Lagartija. Jamás se irá, y saber que Sábana se irá algún día le enreda, le enamora. Sábana se espiga y se desespiga.

Algo hay en el aire que evita a Judas comprender lo que Sábana dice, pero siente una satisfacción al ver que su juguete raro busca su protección. La exprime ufano:

—¿Ves cómo tengo razón al decir que la intemperie es peligrosa? —Le pone una película de terror. Sábana se clava en la película. Judas se llena de celos al recordar al poeta que viste de negro. Presiente que Sábana se ha prendado de él:

—¿Crees que no lo sé?

Sábana siente mala vibra:

—No me volveré loca por las mismas situaciones. —
Sale corriendo dejándole a Judas la sensación de haberla perdido para siempre.

Sábana se dirige a casa de Rolando para platicar sobre el suicidio recomendado. No le menciona al poeta y le da a entender que estuvo a punto de morir en manos de unos desconocidos. Rolando, para curarla del susto, le regala 300 espinas fotocopiadas y se despide sabiendo que no la volverá a ver.

Sábana se encuentra jugando billar en el bar de la 42, dando el aspecto de una huma cualquiera que ríe a carcajadas, sin importarle su identidad:

—Aquí escribí mi libro *Holanda*. —Escucha la voz púrpura de Pietri, pero al voltear, solo ve la puerta del bar que cierra. No termina el partido y se sale sin rumbo. Es de noche, chispea. Sábana saca de su morral un paraguas, un lápiz, un papel para escribir en lagartil sin dejar de caminar.

—No debo mirar a nadie a los ojos...

El paraguas se le resbala. Lo acomoda y continúa:

—Me da risa, me muero de la risa.

Vuelve a acomodar el paraguas, el morral. Mira a su alrededor y vislumbra una luz violeta que emite un farol hacia una hermosa mujer que muestra su mano como

diciendo: “¡Ven!”. Sábana deja de escribir y se le aproxima. El paraguas y el ruido le permiten entender:

—Lee, lee lo escrito.

—No puedo mirar a nadie a los ojos, me da risa, me muero de la risa.

Al escuchar la voz de Sábana, se abre una puerta invisible de la que salen unos duendes asustados. La hermosa los calma y a Sábana le indica una manera clara de ver sus deseos:

—Yo leo las líneas de la mano por cinco monedas.

Sábana no trae dinero. Se dirige al sureste del reptil, cerca de la campana. Le dan dos cortauñas y ganas de dormir.

Voces: Quien duerme olvida.

Necesito aclarar: un alma sensible no puede soportar constantemente una posición objetiva para las infinitas circunstancias que le rodean. Preferible tener una letra menos en huma que sufrir lo imposible. Dejemos esto a los del Más Allá, y escuchemos a Sábana:

—Mover piezas y amuletos por la mañana. ¡Bah!, descubrir lo que quiere uno no es fácil. —Eso sí, si miente, no podrá recuperar su corazón.

Frente a una residencia sin luces, Sábana se gasta una de las dos monedas que un negro le diera por compasión para que tomara un camión a su casa. Con la moneda

compra papelititos para forjar con Flave, un revendedor desconocido. Fuman a escondidas tranquilamente hasta que un Cretino, acompañado de su Conejo, les arremete porque no se les concede un poco del humo:

—Nací en la cabeza y te amenazo.

—Más vale que creas —advierte el Conejo mirando a Sábana antes de continuar tras el Cretino.

Sábana no permite comentarios de Flave, pero le muestra los mapas de sus uñas despintadas:

—Mira mis uñas. Yo escojo este mapa —dice apuntando con su índice. Flave también hace su elección, y desaparecen al lugar imaginado.

En el Triángulo, las monjas preparan su penitencia. Sábana sube a su habitación sin hacer ruido. Sobre el escalón 16, se topa con la monja más vieja de la historia. Sábana no dice ni pío y la vieja procede maldiciendo su destino, cuando dan la señal:

Palam, palam, palam, palam.

9. SEMANA MATRACA

Sábana presiente un torbellino de arena salada que lastima los ojos. Los del Más Allá, en el país de las sábanas y gigantes, ponen música en las montañas; el mundo de los hilos está en fiesta. Eso, en las montañas. Sobre Lagartija, Sábana, cree que las penas con vino son buenas. Entra al bar de la Rosa. Pregunta por Pietri. Judith no lo ha visto, y le indica la invitación de cuatro morenos que beben sobre el pétalo billar.

Los morenos la atienden de maravilla. Piden bebidas a su cuenta. Le facilitan un taco liviano para que también juegue billar y le esfuman la esperanza de ver al poeta. Uno de los morenos, Asis, le entrega un papel que dice:

“Tú, mujer que estás jugando con los corazones de dos pobres hombres.

Tú, que la risa asombra al sol.

Tú, que los ojos alumbran la luna.
Tú juegas con sentimientos humanos.
Tú te ríes de debilidades.
Pero, si no dejas tu juventud a tu tiempo,
tú vives, él te robará,
te dejará enfrente de la chimenea colonial,
con las lágrimas que recuerdan tu juventud”.

Sábana lee. Voltea a ver al autor. Sonríen. Salen del bar hasta la ciudad Discoteca. Ellos suenan matracas entusiasmados de ver cómo Sábana y Asis se escabullen de la lluvia por 600 segundos. Entran bailando a la ciudad que en verdad es una discoteca. Sábana se sorprende al verse en los videos de las pantallas, bebiendo el agua de un oasis que de pronto se convierte en Asis. De la discoteca al rocío. Solo ellos andan mojados. Nadie más anda la lluvia en Discoteca. Asis se quita la humedad de la cara con las manos. Sábana corre de él, se aleja con la intención de no verle más. Delira:

—Me olvidan a larga distancia. Sentir, sentido, confundida. Me creí poseída, tra, la, la, tra, la, la. Los que han dicho quererme, ¿dónde están? Necesito que sepan que pienso en todos. ¡Que me aplaste el gigante! Lo amé, lo amo. Las dos cosas, aunque me use. ¿Quién no se deja usar? Hasta los dioses juegan —delira desde el rocío al Triángulo.

Comadres: ¡Extrañísimo que Ana no se presente al trabajo!

Sábana guarda silencio y la pinta en su mente echada sobre la cama. Entra a la suya y cierra los ojos para continuar:

—Ana no me lava trastes, ni tiende mi cama, ni le importa que reciba cartas.

Voces: Cualquier historia de bar es mal aliento, humo e ironía. No todos aniquilan la soledad con la bebida.

Comadres: ¡Ja! Al día siguiente van en busca de otra copa para curar la cruda o se van al trabajo con una jaqueca espantosa.

Sábana despierta pocos segundos antes de que se cierre el Triángulo. Sale al árbol de Pietri. La plaga que rodea el árbol declara su ausencia. Entra al bar en donde Pietri escribió “Holanda”. Una rubia grita holas y topa con el saludo de Sábana. Siempre son los mismos bebedores en el bar. La miran desconocida por un espejo en la pared, tras la barra. La rubia se quita la máscara y pregunta dulcemente:

—¿Qué te trae por aquí? No tienes finta de por acá.

—¿Conoces a Pietri? Escribe poemas, viste de negro.

—¿Es negro? —La rubia no entiende. Sábana repite lo anterior, por si lo reconociera. La rubia pregunta:

—¿Quién vino a buscarle? —cuestiona.

—Alguien que delira.

La rubia despide a Sábana con una palmadita en la espalda, y sigue perturbándose con los angustiosos holas desesperados. Sábana regresa al árbol. Pega un recado.

Voces: ¡Resistol!, ¡resistol!

Son muchas cosas a la vez: música, rollo, nada que decir, mucho que hacer, ciencia, tecnología. Época de gestos ficticios. No tengo trabajo. Trabajo. Árbol. Triángulo. Calle. Relajo. ¿Café o casete?

Pasa la noche entre espinas. Se introduce al área de los ricos de la ciudad Discoteca. Mr. Trabajo se sorprende al verla. Sábana no pierde tiempo:

—Renuncio. No debo trabajar donde no me necesitan.

—¿De qué vivirás? Si la oficina no es de tu agrado, puedes venir a mi apartamento, filmemos películas eróticas. Nos gusta la literatura.

—No, gracias —responde Sábana, y se va a sentar a la sombra de unos edificios. Se escurre por la sombra de los edificios. Queda frente de Avnel, el humaGigoló que cierra el periódico que no leía. Avnel la invita a cenar. La tanteaba desde que habló con Mr. Trabajo.

La cena es en una casa particular ubicada en el área de ricos. La casa está repleta de aparatos electrónicos. Una mesa pequeña al lado del colchón y una cocina en la que se prepara una curiosa cena. Avnel confiesa que sus amantes le tienen en nómina:

—¡Además de ricos, jóvenes!

Avnel se pone de pie y le muestra su órgano genital al preguntar:

—¿No es el más grande que hayas visto?

Si Sábana responde que no, Avnel es capaz de preguntar por su rival. Si responde que sí, la vanidad la fastidiaría. Sábana se despide. Llueve. Corre hacia el árbol esquivando los picos de los paraguas. Recoge de la banqueta unas ramitas a punto de ahogarse, pisoteadas. Alcanza a pegarlas en su diario y cae inconsciente entre las raíces del árbol. Pietri la encuentra. La guarda en su altar, una cueva que solo él ve, mira y siente.

Sábana vuelve en sí y se pone a escribir a máquina:

“Hay de ascos a ascos, de tristezas a tristezas, de putos a putas. Quiero andar en la calle, meterme donde quiera, mis ojos no tienen intención de jugar con nadie. Quiero oler las calles, los orines de los que no tienen casa o lo que me dé la gana”.

Respira profundamente. Siente el movimiento de todas las ramas. Continúa:

“¡Ciegos, ojos de gusano! Si fueran luz de vela, los apagaría apretándolos entre las yemas de mis dedos mojados con saliva. ¿Qué puede pasar si le digo a un ciego que es de noche?”.

Sábana camina un poco y regresa a la máquina:

“Escribir entendiblemente, que si el vicio, el sentimiento, lo que hace distinto al grito. ¿Qué letra? ¿Qué estilo? ¡Me gusta vivir! No hay tiempo de anotar direcciones. ¡Hilos de neón! Semana Comadreja. Gritos envueltos con moño. Mentiras de papel. Heridas que pueden ser plásticas. Todo puede ser plástico”.

Sábana apaga la magia y salta en liana vegetal hasta la cabeza de Lagartija, hacia el Ojo Tuerto del tremendo fósil. Mabel la censura hasta el hartazgo:

—Planearemos nuestro futuro con tal de que no hagas lo que acostumbras. ¡Sigue ciega, si te place! ¡Hasta nunca! —le grita a Mabel y vuela recordando a Enrique, el No Rey, de cuando la invitó a la lectura de poesía en su castillo.

Una negra de ojos rojos y vestido azul celeste le aconseja que se aleje de los cabecenses, que tenga cuidado:

—Pueden matarte. Los condenados son atraídos magnéticamente a Lagartija. Yo nací aquí para no salir.

Sábana se desliza rumbo a la vértebra 57. Del tren camina al Triángulo, donde Marc le regala unos aretes

de madera en forma de pescado, los que nadaron desde otro lado de Lagartija. Explica:

—Han llegado unos poetas hablando el lenguaje de los hilos. Les vamos a preparar un festival. Necesitamos que nos ayudes a transcribir su poesía. Si nos ayudas, la Estación de Gas en no servicio extenderá un cheque a tu nombre por 100 monedas. Necesitas dinero.

—Acepto —responde Sábana, mientras Pietri, loco, accede a que aparatos cinematográficos entren a su árbol y pregunten a tres machitos y una hembra sobre el origen de sus pasiones.

Sábana llega en ese momento murmurando:

—Lean un poema para evitar responder lo que no saben.

Pietri se da cuenta de que los jóvenes se podrían condenar, y ahuyenta de su árbol a los cineastas. Los humanillos, al verlo loco, se retiran también. Sábana no entiende la situación y se deja arrullar sobre una de las hojas del árbol hasta el siguiente día. Pietri le deja una nota y monedas sobre una mesa de cristal: “Después de las horas, entregas a un taxi la nota y el dinero. El taxi te dejará al filo del ferry. Cuando el taxi se haya alejado, se abrirá una gruta oscura sin muralla. La gruta se alumbrará cuando entres”.

Sábana, durmiente. Pietri, bajando y subiendo de la gruta a la intemperie hasta el amanecer. Regresa al árbol. Ve a Sábana, y le pregunta:

—¿Por qué no fuiste?

Sábana, sin entender a qué se refería, se va al Triángulo.

Voces: Edificios, transeúntes, ilusiones, Lagartija...

Al entrar al Triángulo, una de las monjas le informa de una nota que le han dejado por la mañana:

“Paso por ti cuando salga del trabajo. Acuérdate de las transcripciones de poesía. Marc”, lee y guarda el papel. En 180 segundos se improvisa un abrigo con pedacitos de distintas telas cosidas a mano. Empieza el invierno.

—¡Qué bonito abrigo! —exclama Marc, y antes de ir al estéreo, o sea, al lado del castillo de Enrique, su vecino, estaciona su VW en la vértebra 14, donde Bob, quien cenara en la casa del poeta Murat, los recibe cordialmente.

—¡Me gusta tu abrigo! —le dice a Sábana, y va por el suyo. Todos se dirigen guiados por Bob a la casa de Allan Ginsberg, el presidente de los poetas. El mecenas del Festival de los Poetas de los hilos. Allan Ginsberg colecciona recortes de periódicos sobre ondas bien gruesas de

política-crimen, y los deja afuera en un pasillo accesible a todo aquel que requiera de esta información.

Sábana recuerda que a ella le deben un cheque, cuando Bob se acerca para regalarle unos libros del presidente de los poetas. Salen y se detienen frente a un aparador inmenso. Bob comenta antes de despedirse:

—La tienda siempre permanece cerrada. Los mafiosos la utilizan como finta. Tras de esta gran variedad de artículos comunes con etiquetas de precios estratosféricos se encuentra una bodega almacenando drogas. —Se va.

Marc y Sábana entran al estéreo. Marc prepara una cena exquisita mientras Sábana elige los mejores poemas de un libro escrito en lenguaje de los hilos para que Marc los transcriba al lagartil. En 21 600 segundos Marc termina de hacer la cena. Los discos cambian por sí mismos. Sábana lee sin descanso. Respira:

—Tengo ganas de ir al castillo. Hay fiesta. ¡Vamos a divertirnos!

—Tenemos mucho trabajo —limita Marc.

—¿Cómo te atreves a exigir si ni siquiera me das anticipo?

Marc no tiene más remedio que ir de mala gana al castillo. El castillo brilla feliz. Por envidia, Marc no

saluda a Pietri. Sábana saluda a todos. Pietri se aproxima a discutir con ella. Se angustian al chillido de Marc:

—¡Tenemos mucho que hacer! Tra-ba-jo.

De vuelta al estéreo, Marc quiere alucinar un romance. Sábana, fastidiada de seleccionar poemas, rechaza la incitación de dormir juntos. Se molesta cuando le toma la mano:

—¡No me toques, no me gusta que me toquen!

—¡Eres una católica!

—No tengo religión.

—Eres una tradicionalista.

—¡No mames, cubro gigantes!

Marc, no deseando hablar sobre gigantes, se tapa los oídos asustado por dos segundos, y le vuelve a agarrar la mano proclamando:

—¡Soy un poeta sobre Lagartija que busca quien le ame!

—Pues yo soy una poeta sobre Lagartija que busca poesía con la que salvarse. Además, prefiero la muerte a sentirme incómoda. —Sale del estéreo hacia la oscuridad. Presencia las campanadas del Reloj Tamaño Estrella, y el despertar de la violencia de los violentos. Delira:

—Mil hembras, muchos machos, álguienes. Fantasía, inseguridades, un nudo en la realidad. Una semana para que todos subamos a la muralla de cristal. Cada uno

diremos un pensamiento. Correremos a la Casa Azul, y en perfecto orden se matarán los que así lo deseen. Después de recoger muertos, ¡a trabajar! ¿Puedes imaginar a alguien hojeando un libro de poemas para entender lo que le pasa? Algo más que cantarle a la vida y al amor es necesario. A la gente no le interesa saber si repetimos las mismas penas. Andan en busca de lo profundo.

Un tal Samuel se dirige hacia una vena para tomar el tren que cruce el puente Luna. Sábana no sabe ni está apurada por encontrar el mismo tren. Samuel se encuentra con Sábana y le dice que acaba de salir de trabajar. Que se dedica a hacer limpieza nocturna en oficinas mientras las monjas fecundan su conversión:

—¿Quién eres?

—El respeto al derecho ajeno es la paz —responde ella.

—Si me tienes confianza, te invito hielba. Unos negros la venden por aquí.

Se meten en las oficinas vacías para fumar. Se sienten como en su casa. Sábana, con los pies arriba de un escritorio:

—¿Me permites el teléfono?

Telefonea a Marc para cobrarle las horas de trabajo. Marc le pide que regrese porque es peligrosísimo andar sola por las patas. Ella jamás regresa al estéreo, y Marc

tiene que buscar otro lugar en donde terminar las traducciones. Marca otro número. Pietri acepta que llegue a terminar su noche en el altar de su árbol.

Samuel la encuentra epiléptica y simpática. Intercambian direcciones y se despiden en el tren.

El árbol tiene una entrada para Sábana. Al ver a Pietri modorro, exclama:

—¡Tú no duermes de noche!

—Esta es la única noche que duermo en el año.

Sábana le platica lo sucedido hablando tanto en lagartil como en el lenguaje de los hilos. Se muestra resentida porque Pietri nunca le habló del editor que vive en la Lengua de Lagartija. Las frases cortas a la velocidad de la luz mantienen estático a Pietri hasta que ella se paraliza:

—¡Abre los ojos! —La sacude, pero ella no reacciona. Pietri escribe ruidosamente a máquina. Golpea las raíces con los pies. Sábana, en un abrir y cerrar de ojos, delira:

—¡Ja! Si quieres, regresa al estéreo para que laves los trastes, limpies la casa, me ayudes a empujar el carro, y te vuelvas arrepentida de haber venido.

—Las montañas, ¡absurdo! —dice Pietri, y sale de su árbol para obtener su licencia de reverendo. Se olvida de la madrugada e invita a Sábana y a un tal don Juan a reír a carcajadas dejándose ver por la noche.

De la calle más próxima flota un barco pirata:

—¡Suban! —grita el capitán.

El pirata capitán les cuenta historias y les muestra fotografías vistiendo fina vestimenta. Una bellísima esclava les sirve bebidas exóticas, mientras otras, no menos atractivas, bordan o arreglan extravagantes trajes. Regresan a las andanzas. Juan se pierde y Sábana va tras el reverendo en pleno delirio:

—Tengo la pierna lastimada y el corazón quebrado.

Pietri estalla entre la oscuridad absoluta de la indiferencia.

10. SEMANA MARRANA

Sábana y Pietri descubren su habilidad de enamorarse y desenamorarse. Derrochan sensibilidad danzando en los trenes de las venas. La acústica absorbe sus risas. Juegan al volantín, salen de la realidad que no les pertenece. Llegan al árbol. Sábana duerme sobre una hoja. Pietri escribe una carta, mientras ella sueña en el lugar donde el tiempo descansa, después de las horas...

Voces: ¡La carta!

“Busqué por ti la noche pasada. Me fue imposible encontrarte. Te habías ido. Pensé que tu cuerpo estaba presente. Duermes. Va a ser imposible para mí. Yo puedo solamente pretender, tener mis ojos cerrados por mucho tiempo. Yo esperé que sonaras dormida, después me fui a

buscar una caja de sueños en toda una noche de bar para lamentar haber tenido un hermosísimo tiempo contigo. Esas pocas noches pasadas han sido eliminadas por la interferencia de la inmensa luz. Espero que te sientas peor o mejor cuando despiertes.

“Yo me fui a seguir esa sombra que pertenece a mi cuerpo. Yo te mandaré o secretamente dejaré la deuda pendiente en el Triángulo de monjas cornadas y hembras esperando en cuartos de soledad voluntaria. Yo siempre pensaré en ti la próxima vez que pierda la memoria y desee que las cosas sean diferentes y aburridas para nosotros, que estamos condenados a ser poetas por el resto de nuestra eternidad –luz en el tiempo y espacio de sentimientos innatos de espanto y éxtasis.

“Esta mañana, mi afectación es estrictamente para la eternidad, yo reiniciaré estando solo. Todavía es tiempo de ser nadie. Adoro decir adiós a todos, especialmente a mí mismo, que desaparecí hace mucho y estoy recientemente aceptando las verdades de la soledad total. Espero y rezo por que no despiertes antes de que me vaya, porque tendría que reescribir esta carta.

“Depresión puede ser un premio de experiencia. Tú eres poeta, por eso estaremos destinados a llevar distintos caminos. Come si tienes hambre. Llora si estás contenta y ríe si estás muy triste. Espero que ahora esté oscuro en adelante, de otra manera, tengo duda de encontrarnos de

nuevo, pretender que nos enamoramos por tres segundos debajo de las lágrimas. Tiempo suficiente para un permanente daño en el cerebro y la poesía descanse en paz. Ambos nos morimos hace mucho tiempo.

“Reverendo Pietri”.

—¡Nooo! Entre poetas no se vale partir la madre. —
Sábana termina de leer la carta. El delirio es inevitable.
—¡Que me llamen como quieran y que digan que estoy enamorada... Si te hubiera amado un poco más, sufriría menos... ¡Yo me iba a ir primero! Esta ha sido la despedida más deliciosa, ¡que se repita! ¡Felicidades, reverendo! ¡Le concedo mis segundos! ¡Tampax para el corazón! Puede solicitar mi servicio, extermino garrapatas, chinches, besos y todo bicho del corazón.

El árbol es pequeño para tanta lágrima. Sábana recorre todas las ramas arrancando las hojas, como si fueran culpables de su delirio. Cansada, decide ir a su hoja preferida. Un poco más calmada, sale hacia la intemperie:

—Lo que pasa es que siempre debemos de conocernos... La tarde pasea un aire indiferente, y yo aprendo cómo vivir más, cómo vivir más, vivir más, más.

Sábana entra al Triángulo. Se acerca al oído de Yasuko, quien durmiendo entretiene su soledad:

—Te vas a convertir en almohada —murmura, y se tira a soñar en su cama.

En su sueño, aparece un salón grande. Pisos de mármol. Un baúl en medio de la pieza. Sábana lo abre con cuidado para que los recuerdos no se evaporen y saca rápidamente sus tarjetas de papel:

“Siempre... con amor... te quiero... tuyo... no dejaré de amarte... con amor... con amor... mi corazón te pertenece... siempre... con amor... tuyo... recuérdame siempre...”

Sábana despierta y sonríe amargamente. Se acuerda de Pietri, de Asis, de Judas. Le dan ganas de llamar por teléfono. Solo trae una moneda.

Comadres: ¡Tragedia!

Voces: Le cuartearon el corazón.

11. SEMANA DADO

Han ocupado a dos nuevas empleadas en Juliana's Restaurante: Joy y Sábana. Los primeros días son para entender el movimiento, ¡le daremos al dado!

Voces: Nueve.

Comadres: Lo bueno es que amanece.

Sábana le cuenta a Yasuko su sueño extraño de la vieja hecha pedazos que la impulsaba corriendo por una vereda que terminó siendo el techo de una casa que se derrumbaba en medio de una laguna. Un gigante pasó por la orilla y la vieja desapareció.

—La casa es Lagartija. El gigante, el deseo de recuperar tu corazón —interpretó Yasuko. Las dos salen a trabajar.

En el restaurante hay una gran humanada tomando refrigerios. Joy, el pajarito que no es libre, canta sin cesar. Un águila café lo enjaula en una habitación nido del edificio abandonado, muy cerca del parque de los Columpios.

Al salir del restaurante, Joy y Sábana se van al nido. Sábana huele el crack y la cocaína del laboratorio del águila ausente. Se acuerda de Pietri: “¿estará esperando en el pétalo billar de la rosa?”. Se deja volar. Topa con Asis, pero le ignora. Reconoce a Saco de Interrogaciones y a un extraño, mientras el reverendo lanza poemas mecánicamente aprendidos, incendiados al olor del bar.

El extraño habla de muertos. Saco de Interrogaciones escapa por un pistilo. Sábana desaparece a punto de delirar:

—¡Qué horror, los días son estúpidos y retóricos!

Voces: Ta ta ta tan.

En el nido, los vacíos hacen cariños a los gatos inofensivos que juegan con pequeñísimos carritos de madera que se deslizan por doquier. Después de muchos pasadizos, Sábana encontró la voz de Joy, el suave canto tras Mike, el águila que la saluda:

—¡Hola! Águila descuidar ave. Yo dar vuelta.

Joy lanza su voz a los vientos cuando águila, celosa, la encierra en una jaula y la cubre con una cobija. Mike sale

con Sábana. Se van a vagar el recorrido del águila café que procesa, corta y vende droga.

Voces: Amanece, se trabaja, se juega.

Joy, Mike y Sábana se encuentran antes del oscurecer para tomar unos tragos. Visitan el barrio de la no electricidad. Entran a un bar para contemplar el derretir de los cirios, cuando sus voces se confunden.

—Cuánta magia, cuánto ruido. Aunque se rían, me han sacado el corazón 300 veces. Hay muchos peces. Los del amor que vengan, y que se vayan.

Hay una sustitución de cirios nuevos por derretirse. Las voces siguen indistinguibles:

—Colores innombrables, nombrables. La mujer guarda monedas. Todo se vende al cuarto segundo. Hay muchos bares, poca coca. Si dejara de pensar en mí, lo encontraría. Lo busco de día, de noche, en los 5 184 000 segundos. Se hace querer por cualquiera, pero no se atreve. ¿Huele o duele? ¿Estoy podrida o herida? ¿De qué hablamos, andamos borrachos?

Salen del bar para entrar a otro. Los cirios despiden un olor agradable que nada tiene que ver con la mujer que se retuerce en el suelo padeciendo intenso dolor.

—Esta mujer está enferma —Joy observa.

—Cada una de sus miradas es un poema —cree Sábana.

—Me gustaría rezar, pero no tengo a quién —confiesa Mike.

Joy dedica su canción al viento. Sábana pide por el regreso. Mike desaparece al llegar la luz del día.

Comadres: Debería perderse el destino de Sábana... Pietri está triste.

Voces: ¡Imposible!

A Sábana le dan pavor los días monótonos del restaurante. Al salir, se arranca corriendo sin intención alguna rumbo al noreste del reptil hasta que topa con un huma llamado Octavio Paz. Sábana observa el traje crema, su corbata más azul que la camisa, y una manzana en la frente. Sábana muerde la manzana y le dice:

—¡Soy la ola! —Y se va a donde se suenan los mocos los poetas.

La campana toca sin detenerse 600 veces. El Diablo, el Abanico Electrónico y Tom el curioso se asoman a ver lo que sucede. Observan a Sábana tomarse una cerveza negra.

—¿Cuánto llevas en Lagartija? —pregunta Tom.

—Voy para 13 semanas. Me pasan muchas cosas. Mi vida sigue cambiando. Cuando menos espero, me encuentro mirando en otro sentido, y al disparo de ¡ya!, corro lo más que puedo para evitar espinas. —Se apartan.

Sábana camina hasta el árbol y lo encuentra plagado. Corre hacia el nido y lo encuentra apagado. Al bar Sin Nombre, y por casualidad se encuentra con Mike, quien después de conectarla con Luna, la invita a rolar sus transas.

Salen del bar y se detienen para indagar quién los sigue. Un tragón pregunta:

—¿Quién no se ha metido el dedo en la garganta cuando ha comido demasiado?

Sábana y Mike le dan vueltas para dejarlo bien mareado hasta que se detiene una limusina. Mike introduce a su amiga. El negro que maneja dice desconcertado, enojado y sacado de onda:

—Al parecer, no has aprendido las reglas del juego. En esto no se carga con desconocidos.

—¡Pierde cuidado! —le advierte Mike al momento de bajarse por la cocaína, dejando a Sábana quietecita y observada por el retrovisor, interrogada por el negro:

—A ver, dime un poema.

—Hay veces que el mundo se tiene que oler para vomitar con coraje el tener que estar juntos y sentirnos terriblemente solos. Muchas otras veces me enlodo de esa soledad, y me dejo secar, el mundo piensa que soy de piedra. Los humas me escupen, me rayan, me golpean a tal punto que siento que mi corazón se desmorona. Es cuando busco otro lugar.

Mike regresa a la limusina. Intercambian coca, hielba y crack hasta el amanecer. Despiden a Sábana en la puerta del Triángulo. Al entrar a su cama, escucha un lamento:

—¿Me he quedado soltera! —Es Ana, que llora desconsolada. Sábana responde:

—¿Qué caso tiene preguntar el porqué de la tristeza? ¿Por qué el papel o la risa? ¿Por qué no dejamos de ser los mismos? No tenemos defectos. Así somos.

Ya que están dormidos, y hemos mentado el contrabando, les contaré que Carlos estará en la cárcel por dos semanas, y Sábana sin saber.

Palam, palam.

Suenan las campanas del Triángulo en señal de otra oscura penitencia. Sábana no desea enclaustrarse y sale a buscar a Pietri. Ve el árbol repleto de plaga y exclama:

—Vivo de ilusiones, de vicios, de intentar oídos. Hasta los gatos me gustan, y no encuentro a Pietri.

El reverendo decide regresar al árbol después de fracasar con la búsqueda de su sombra. Se sorprende al ver a Sábana extendidamente triste. Entran. Contemplan la noche y sus mariposas. Sábana solloza:

—¿Por qué el vicio, el cuerpo, la sangre, el corazón, la garganta, el vacío, los gritos de los niños, los gritos de seguir vivos? Lloramos el vacío y me río... ¿En qué segundo vamos?

12. SEMANA CASUAL

Pietri busca su sombra sin olvidar la espina que Sábana le encajó después de que salieron del castillo. Para desacreditar el chisme de Marc, toma a Sábana y la lleva hasta la mugre de una de las uñas de la pata Rompecabezas. Reciben monedas a cambio de cantar el himno lagartil. Salen y se dirigen a la Lengua:

—Voy a presentarte al editor.

—No entiendo cuando ríes de mis dudas —declara Sábana mientras el editor los invita a pasar repentinamente. Hacia semanísimas que Pietri no lo visitaba. Percibe la lujuria y se marcha dejando a Sábana en la eterna fiesta de las narices regaladas.

Las espinas que Sábana ha logrado plasmar en papiro son hojeadas por los ahí presentes. Todos se acercan y la tocan. El editor le regala un ramillete de narices. Sábana aprovecha la

noche y se sube a la azotea, lejos del bullicio y del encierro vicioso. Se queda dormida ignorando su paradero.

Sábana sueña que un águila café le ofrece la mano para que huya. A punto de dársela, reconoce la imposibilidad de tal hazaña. Como las plumas no son dedos, resbalaría por los aires... Despierta y busca al editor para que le responda lo de la publicación. No lo encuentra. Rebanada de Luna, la hermana del ausente, le ofrece mil atenciones: la baña, la peina, la perfuma y le pide que declame algunas de sus espinas. Sábana la complace y se marcha sin volver a saber de ellos.

Sábana escala los Dientes de Lagartija. Se prende del hocico y de un salto queda sobre la intemperie. Al ver el Ojo Tuerto, se acuerda de Mabel, pero sigue rumbo al Centro del reptil.

Entra a la estación del tren subterráneo más próximo, y va a dar a la vértebra 42. Reconoce fachadas. Frente a una iglesia, una de las espiritualistas cuestiona:

—¿Quieres saber las razones de la vida, las razones de Dios?

—¿Qué? ¿Las razones de los del Más Allá?

—No, la idea de Dios.

—¿Dios es Dios, o una idea?

—No, no, no. Hay quienes toman razones negativas.

—No me sentiré confundida. Seguiré haciendo lo que hago —replica Sábana. —Ya ellos me juzgarán.

—Ven, vamos a la iglesia. ¿Quieres saber de la vida?

Sábana le devuelve la pregunta:

—¿Quieres saber de la poesía? —La estira por un brazo hacia la Casa Azul. —No te va a costar nada.

La misionera se llena de espanto, negándose a seguirla:

—No, no, no.

—¿Ves? Predicas la palabra de Dios y le temas a tus semejantes. ¡Extraño, extraño!

Y mil extrañezas más persiguieron a Sábana mientras esta se embecía en su monólogo. Faltando dos vértebras para la Casa Azul, una señora le pregunta:

—¿De qué hablas?

—De mí.

—Yo no creo en nadie, solo en Dios.

—Pues yo no creo en Dios, solo en todos, porque estamos aquí y esta es la realidad. —Sábana no paraba de hablar ante la señora sorprendida. —A mí no me importa la pared que aconsejan a mi alrededor para resguardarme, mantenerme a salvo.

—Debe ser interesante —interrumpe la señora.

—¡No, no me confundan, no pondré ninguna pared! Quiero caminar hacia toda dirección, ver todas las cosas, ¡Tú no puedes ser libre con una pared!

Se despiden frente al 228. Sábana recuerda a Plunker, mientras la señora se pierde por el agujero del que sale vapor rojizo, caliente, que no quema. Sábana se asoma al

bar Holanda, donde la rubia lanza holas. Encuentra plagado el árbol del reverendo. Se reencuentra con Mike y su queridísima amiga Joy en el bar Sin Nombre.

Voces: Es tiempo de que a Joy se la traguen los años luz.

Comadres: Pobre Lagartija.

Respecto a la descripción del sueño que Sábana tuviera en la azotea, Joy interpreta:

—Esa es la noche que sentí que regresaría al canto, soy canto.

Joy aparece en el olvido de los lagartijenses.

Sábana y Mike caminan vértebras, costillas, laberintos y túneles. Se sientan a platicar a la orilla de un farol, frente a una casa bonita. Se convierten en gatos, maúllan, perturban el vecindario. Al sereno de la noche, una dueña sale con una cubeta llena de agua, espantándoles el encanto:

—¡Ojalá se resfríen para que aprendan a respetar el sueño! —rezonga.

Mike escapa por la Cabeza del reptil y Sábana, sintiendo que algo ronronea dentro de su ser, prepara un nuevo día:

—¡Buenos días, Juliana!

13. SEMANA CLICK

Tom, el curioso de la semana Dado, está condenado a estirar una grabadora como si fuera un perro. Bueno, el tal Tom llega por Sábana al Triángulo. Van a tomar cerveza negra. Hablan de espinas, cuentan cuentos y comen helados. Al despedirse, Tom le regala el casete que el perro grabara con su hocico. Sábana goza de la luna, y él, de cómo los edificios sacan una especie de lengua larga queriéndola atrapar cual si fuera insecto:

—Huele a noche —suspira Sábana.

Voces: Nunca traspasan Lagartósfera.

Comadres: ¡Imposible!

—¡Fíjate cuántos salen de la cabeza!

Pita un carro. Sábana se dirige hacia un teléfono de aluminio. El único que entiende su

hambre, su sed y su cansancio. El Teléfono le regala un churro y una moneda para que se comunique, pero, al tomar la bocina, uno se olvida a quién llamar.

En el Triángulo se encuentra con Mark, advirtiéndole que no vaya a tomar mucho en la casa del rico Murat, a donde van.

La familia de Murat, Bob, Mark y Sábana comentan sobre el Festival de Poetas que hablan el lenguaje de los hilos:

—Nosotros entraremos gratis porque somos colaboradores —afirma Murat.

—Brindaremos al final —informa Bob con una cara muy divertida.

Concluida la fiesta en casa del rico Murat, Mark lleva a Sábana a la vértebra 43.

—¿Irás con Pietri?

Mark arranca su VW sin recibir respuesta. El árbol luce desplegado. Pietri la esperaba en la raíz. Ella le platica lo sucedido desde la fiesta del editor.

Pietri reza frente a su altar, ignorando los muchos payasos de juguete que se ponen a hacer graciosas burlas. Quizás juegan con Sábana, quien no para de hablar:

—Solo los poetas tienen ganas, tiempo o incomodidad... ¿A qué se debe? No tengo nada. Me aburro de todo. Me dicen: “hubieras héchote así o asá; quiérete un poco más; cuando yo tenía tu edad...”. No me importa

que sean libres. ¡Que me han partido el corazón! Así es la vida. A todos nos pasa.

Sábana se aproxima a los payasos que ríen con más intensidad y, sin mirar a Pietri, continua:

—Olvídame cuando me haya ido. Mientras esté aquí, todo lo necesito: el suicidio, el fusil, hablar por hablar. ¡Qué descaro! Pruebo lo que prueban. Me igualo con los nocheriegos. Arriesgo todo y siento que todos tenemos sentido. ¡Sonrían, abejas y palomas! Si creí y no fue, repito: a todos nos pasa. Aretes, limas y platos. La única forma de convencerme es frente al espejo, frente al lago de tus ojos.

Se dirigen a la campana, a una lectura de dos amigos de Pietri, quien comienza a despreciarla notoriamente y sin razón. Sábana tiembla:

—¿Qué te hice para que me trates así?

Pietri está resentido con los del Más Allá. Sabe que ya casi la perdonan. Ya no bailan en los trenes ni destilan risas ni reverberellan magia. Cuando la resonancia en el sótano del edificio se multiplica triunfante, Tom, el curioso, reconoce a Sábana y el Diablo la invita a leer de manera individual, pero ella tiene que negarse:

—Presiento que pronto me iré de Lagartija.

Los vecinos del Diablo se quejan del infierno. Leonardo propone:

—¡Sigámosla en mi casa! —Y caminan frente al puente Rompecabezas. El edificio más delgado de la

historia, donde todos cupimos hasta la mitad del día siguiente.

Sábana, deprimida, se introduce a dormir entre unos tubos. Leonardo la despierta para vagar a la orilla del puente. La corriente de mercurio le presenta a sus montañas, a su corazón enfrascado, a su gigante, a sus amuletos y a sus espinas.

La tarde mostraba un panorama distinto: un tendero sonriéndoles, una vieja perseguía a un chiquillo, heroinómanos amontonaban jeringas. Antes de despedirse, Leonardo la invita a la semana Feliz Cumpleaños, a un baile que se llevaría a cabo en una bodega abandonada:

—Noche a noche allí se baila tanto como las monjas cuentan segundos.

Sábana se acuerda del Festival de Poetas en la Estación de Gas y se dirige a pie, a unos 1 200 segundos de distancia; suficientes para llegar tarde. Se topa con una plaza llena de humas pequeños que recibían un tubo de crack como pago a todo un día de jornada. Demasiado poco. Se distinguen de los demás lagartijenses por sus ojos de sapo y su andar elefantesco. El mero mero la invita a fumar su producto, y por poco queda secuestrada en el apartamento a donde fueron. Allí había una mujer que fue tomada con todo y casa. Sábana logra salir viva con su caja sucia de municiones, la que recogió cuando caminaba con Leonardo entre la basura del puente. El mero mero tuvo asco y la liberó.

Murat le presta dos monedas para pagar el taxi en el que llega tarde al festival gratuito. Marc mentaba a nivel chisme que una escritora vivía con monjas. Sábana festejaba parada sobre su caja de municiones los versos de Alma con Trenzas.

—¡Hola! ¿Por qué no nos habíamos conocido? —pregunta Sábana de una manera espontánea. Alma con Trenzas reacciona amable:

—¡Brindemos por el momento!

Repetían versos cuando CeroO le dice a Sábana:

—Nosotros también necesitamos hablar con él. —Lo estira del brazo hacia sí. Alma con Trenzas no se explica dicha actitud, le parece injusto, y se vuelven a juntar:

—Sé que Alma con Trenzas dormirá en tu casa —dice Sábana a CeroO. —Es injusto que a mí no se me brinde techo sabiendo lo que me gusta la poesía. —Nada más por hostigar.

La inocente de Charo, una de las condenadas al arte, se compadece de Sábana, y después de llevarla al bar del Buen Rato, la invita a dormir a su cama de plumas de ganso:

—CeroO es un interesado. Si no se le ocurre qué aprovechar de ti, te manda por un tubo. ¿Te pagó las transcripciones?

—Después de kilos de insistencia, sí —responde Sábana agradecida, y sale al despertar del día.

Voces: ¡Cuántos tubos!

Hasta la vértebra 54, Sábana se va tomando coñac.
Roberto, el panadero, la convida:

—No conozco el miedo.

—¿Por qué tienes tanto dinero?

—Porque soy inteligente —responde Roberto al tiempo de levantar un busto de payaso hecho de oro.

—¿Te gusta? Te lo compro.

—Se ve bien en ese lugar.

Roberto sigue indiferente aconsejando cómo es bueno pensar en uno mismo más de dos veces al año. Sábana salta:

—Hoy pensaré en mi suerte, uno, dos, tres, 10, 20, 100, mil, 6 mil, un millón, mucho más. Alrededor, revueltos, haciendo, despedazando el espíritu, con dinero, sin Dios.

Al entrar a su cuarto en el Triángulo, no ve más que cascabeles oxidados sobre las camas de sus compañeras. Se tira en la suya cubriéndose la voz:

—Vagar como si algo tuviera sentido, vagar: uno que cree en sí mismo, con otro que no cree; uno que cree en sí mismo, con otro que también; uno que no cree, con otro que no cree; tú, yo, ¡somos diferentes!

14. SEMANA FELIZ CUMPLEAÑOS

Voces: Todo sucede sobre Lagartija petrificada.

Las monjas del Triángulo están por transformar las acciones de los humas en segundos. Sábana pasa por un tubo cerca del edificio de Poetas. Va en busca de la bodega abandonada, allá por el puente Rompecabezas donde Leonardo realiza el baile. Por el parque Música, un individuo la toma por los hombros repitiendo sin cesar:

—Soy un chango, soy un chango...

Sábana se safa regando unas cuantas monedas. Eisele, el que no se mira en los espejos, contempla la acción del chango, y la espera para saludarla de cerca. La escucha:

—¡Soy una Sábana! ¡Soy una Sábana!

Eisele emite un olor de asesino, pero no pudiendo negar el saludo instintivamente, se deja seguir por él, hasta el atardecer del siguiente día. Leonardo la recibe con su pase de entrada para dos.

Los huma bailarines son el pretexto para que Sábana se esconda del que no se mira en los espejos.

Voces: Cuando no le mira nadie.

Sin embargo, Eisele la observa. Sabe que las espigas de Sábana tienen origen y ataduras.

La policía llega. Leonardo desaparece de Lagartija con el motín. Sábana y Eisele se sientan en el parque Música. Una guitarra le hace segunda a la tristeza.

Comadres: ¡Hoy es cumpleaños de mi hermano!

—No hay nada de qué preocuparse —se convence Sábana cuando un huma vagabundo le coloca encima una chamarra vieja de mezclilla. Eisele la convence de no ser perturbada en las maderas de su casa. Él se acuesta sobre el escritorio, al nivel de dos grandes espejos en las paredes. Uno de estos se tragó a un colega.

Al amanecer, Eisele prepara hojuelas de maíz con leche y azúcar. Luego la lleva a las venas más abandonadas de Lagartija, cerca del cristal de una de las axilas,

donde se escuchan los murmullos y resonancias de seres desconocidos que viven en la panza, contra la gravedad.

Voces: Hay muchas gravedades

Entre ratas, basura, cucarachas, jeringas, rieles y oscuridad. Entre olor a cedro y panteón, Sábana descubre que el olor emitido por Eisele se debe a que no permite engaños. Se despide llevándose la impresión de que Eisele la cree irreal.

Pietri la esperaba en el Triángulo de monjas para pagarle la deuda pendiente.

—Estoy entendiendo lo de la eterna soledad —le advierte Sábana, antes de irse al árbol a festejar. None, un desconocido, se queda dormido hasta el amanecer. Saco de Interrogaciones, el reverendo Pietri y Sábana ríen hasta que el arcoíris se extiende a dormir sobre la calle de los Ácidos, en donde vive la Reina, una gorda negra y feliz, quien ameniza la comunión. La noche los esperaba en el portal, donde se montan a un taxi para dejar a Saco de Interrogaciones en la comodidad de su casa. Ellos se bajan en la pata Viejo Reloj. Allí suben por un pasillo larguísimo, donde Sábana queda ganchada en la realidad:

—Diga, discuta, piense, sienta o lo que sea, digo, discuto, pienso o siento lo que sea —expresa.

Pietri mueve sus ojos negros halagando el capitalismo, hasta que Sábana se desgancha:

—Lo que más me gusta de entrar es salir.

Baja con Pietri el pasillo de los mil escalones. Pietri deja marcada una línea sin cemento hecha con sus largas uñas. Propone tomar otro taxi hacia su árbol.

—No salí de una casa para entrar a otra. Yo no tengo casa —aqueja Sábana.

Pietri se pierde entre los faroles de la noche y Sábana se queda en la diminuta plazoleta de flautas y guitarras.

Érase que era una vez una plazoleta en la que apareció Sábana en espera de aventuras. Era la noche en la que la luna no importaba. Érase que eran otras dos roqueras, cuchicheando el gozo de su evento. Las roqueras, al darse cuenta del abandono de Sábana, le preguntaron:

—¿Qué haces aquí en estos segundos, tan sola y con esa caja de municiones?

—Acabo de anoecer. Me encuentro feliz. Esta caja de no muy buena apariencia es mi bolso personal.

Las roqueras no saciaron su curiosidad. Dejaron a Sábana con ojos aturcidos al relámpago de su despedida. Sábana, con su bolsa, y sin brújula, da dos o más vueltas a la plazoleta, hasta delirar rumbo al Centro del reptil, desde donde se ven las luciérnagas del parque.

—Eres poeta y te abandonan.

Voces: Qué bueno que, aunque existe el día, no asoma el sol.

Comadres: Ella se ve diminuta.

Las ventanas lucen hermosas y claras. El gris abraza los contornos mientras Sábana pregunta a un repartidor de periódicos por el Norte:

—Está lejísimos. —Y se ofrece a llevarla después de subir su paquete a los pisos del edificio cuya entrada está a la izquierda:

—¿Entramos?

El repartidor de periódicos observa como Sábana se estremece al cerrarse la puerta del elevador, justo cuando saca una navaja para cortar, con agilidad brutal, el hilo que amarra el montón de periódicos que fue aventando de uno a varios en los diferentes pisos del edificio. Al sentir el viento, Sábana rechaza el favor del repartidor que, desesperado, le agarra un seno. Sábana llora amargamente:

—¿Por qué, no ves que busco el Norte?

El repartidor se va rápido en su carro. Las lágrimas desaparecen tan pronto se pone en marcha, orgullosa, con su bolso personal.

—¿Qué escondes? ¿Qué traes? ¿Qué cargas? —le preguntan.

La tranquilidad de Sábana impide que el viento la abofetee y huye del día a escribir, evitando problemas o nuevas espinas.

En su trayecto, ve a un condenado que maldice al mundo, pateando un bote:

—Muchos hacen lo que tú, ¿te gustaría juntarte conmigo?

El huma la ignora. Ambos observan el destino de la basura que forma un encaje de viento. Sábana gira alrededor, baila hasta que los papeles, el aire y el remolino se detienen.

Quedar así, tan de repente, la hace recordar a Eisele. Escoge el más brillante teléfono de la Casa Azul, y el teléfono le escucha decir:

—Soy tan real como el reflejo de mi yo en este teléfono.
¡Pas!

El resto de la oscuridad se va de puntillas huyendo del viento. El azul se va también en forma de príncipe. None recibe con sorpresa a Sábana en el árbol preguntándole por el paradero de Pietri:

—¿Dónde quedó Pietri?

En eso entra Pietri furioso porque, pese a haber estado en la gruta, no dejó de preocuparse por Sábana. Le grita majaderías y se masturba hasta que Sábana detenga el deseo de volver a las montañas.

None y Pietri dejan colgada de una liana a Sábana delirando:

—Todo cambia de color: luces anaranjadas que anuncian agonías, sonidos espantosos, autos, andantes. —El

viento la tira al suelo. —No duele sufrir tanto. La historia es pena. Falta mucho para que se acabe esta ficción.

Una pesadez invade sus párpados. Se viste y sale a su guarida: la cama. Yasuko comprende que a su amiga le ha llegado la hora de partir. Coloca una serie de miniamuletos en la boca de Sábana.

—Largo viaje en sueño. Quisiera que me doliera algo. Les dejo embarrados los ojos con tal de que me crean. No tengo necesidad de nada. Perdemos la cuenta de lo que se elige. Mi deseo es seguir juntando basura sin reír a las constelaciones.

Voces: Se fue.

Yasuko llena el Triángulo de papalotes y no baja la mirada de su musical, suspira hasta que Sábana se convierte en estrella.

F I N A L

5. DÍAS DE PILÓN

Hace poco menos de muchos años, entre las montañas, una de tantas Sábanas fue condenada por los del Más Allá a vivir como huma por exceso de emoción.

El gigante, dueño de la Sábana, guardó junto al suyo el corazón de su amada y por 15 semanas lo usó de prendedor tan solo los domingos.

Sábana aprendió que no son las montañas ni el gigante ni el viento. Hay eso y más. El regreso fue trágico. Lo que imaginó flor en lugar de corazón es un corazón, archisuperenamorado del guardián por unas cuantas semanas.

Sábana se tragó su nueva historia y el histerismo de cambiar muebles y amuletos de sábados rotos.

Después de entender el porqué del corazón, se lo puso en el ojal y caminó sin cesar por el filo de las montañas, hasta que los del Más Allá la perdieron de vista.

Voces: ¡¡Yaaa!!



Este libro pertenece a la colección “LETRAS DEL DESIERTO”, cuya convocatoria fue lanzada por el Instituto Municipal de Cultura de Saltillo en febrero de 2022, como parte de los esfuerzos permanentes del R. Ayuntamiento de Saltillo para promover y hacer accesible a todos los públicos la cultura y el arte de los creadores de nuestra ciudad.

El tiraje consta de 500 ejemplares, y se terminó de imprimir en octubre de 2022 en Quintanilla Ediciones.

Cuidado de la edición:
Gabriela Romero Pinto.



LETRAS
DEL DESIERTO



Saltillo
Gobierno Municipal
2022 - 2024



Saltillo nos une.



Instituto Municipal
de Cultura